


EPISODIOS DE 1808-9

PUBLICADOS

CON MOTIVO DEL



CENTENARIO

DE LOS  SITIOS

DE ZARAGOZA

FOR

PASQUINO



NA: 345642

R.: 53.736



IN VERITATE
LIBERTAS

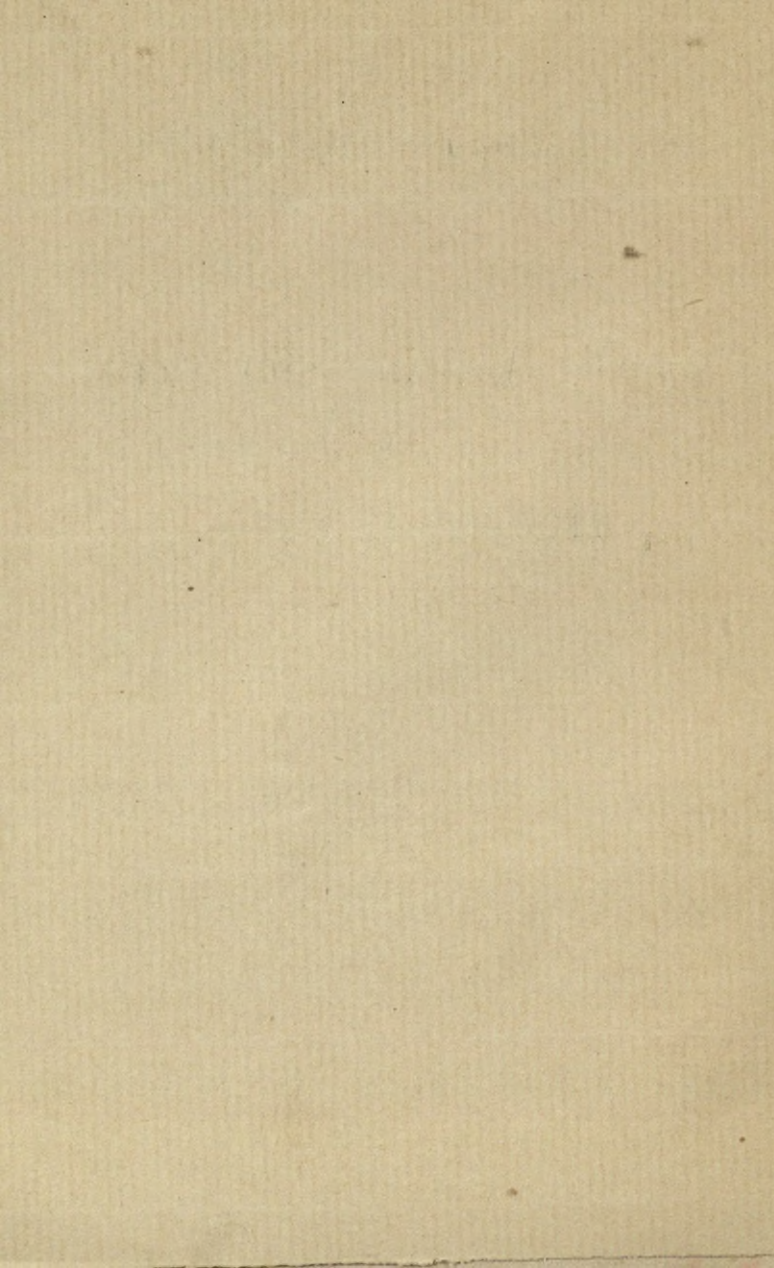
UNIVERSIDAD SAN PABLO CELSO
BIBLIOTECA
GIL MUNILLA

94(460).061

G.M./606

España - Historia - 1808-1814,
Guerra de la Independencia

EPISODIOS DE 1808-9



EPISODIOS DE 1808-9

PUBLICADOS

CON MOTIVO DEL

CENTENARIO DE LOS SITIOS

DE ZARAGOZA

POR

PASQUINO

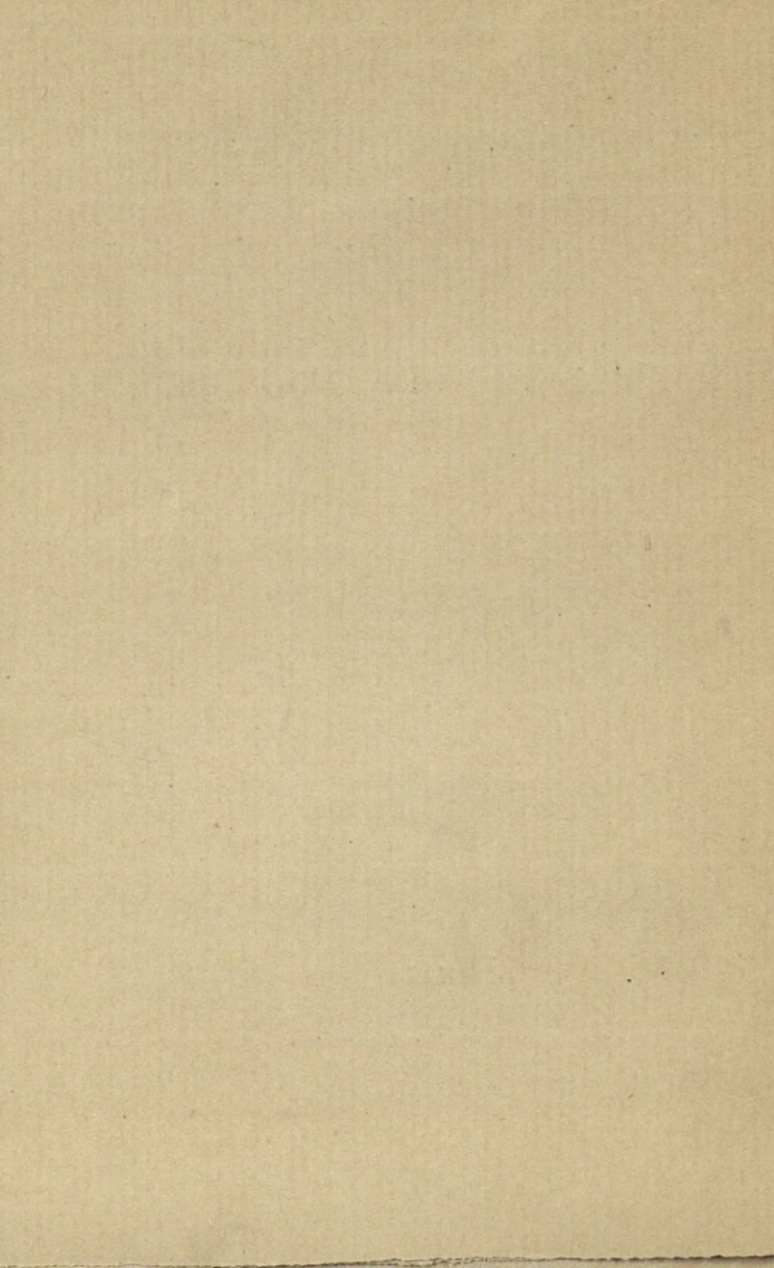


ZARAGOZA

MARIANO ESCAR, TIPÓGRAFO

Calle de San Miguel, 12 .

1907



Surgite, ... ossa árida, audite...

EZEQUIEL, Cap. xxxvii, Vers. 4.



PALABRAS RECOMENDADAS

—*Esto, yo mismo lo ví cuando aún no era mozo—decía con voz sibilante un tío mío hace ya muchos años, de pie, delante del hogar, levantando con una mano un legajo de papeles manuscritos, aceitosos y mugrientos, desiguales entre sí y con las puntas retorcidas cual virutas de madera, y teniéndolo en suspenso largo rato como el que hace desear la revelación de un misterio.*

Y arrimaba al fuego abundante combustible, colgaba el candil en el sitio designado por una mancha escurridiza de aceite hasta el suelo y otra ascendente de humo, diametralmente opuesta, dilatada gradualmente hacia arriba, convergentes ambas en un pequeño espacio blanco, en medio del cual se destacaba un solemne y desmesurado clavo,

y se sentaba al amor del fuego, pegado á la pared del candil.

Antes de comenzar su lectura per saltum, de lo más saliente de la historia (patrimonio exclusivo de mi tío Quilez), y mientras crepitaba la leña bajo los llares, poníanos en antecedentes de aquella, para entenderla mejor y con más claridad.

Estos p̄notandos, que venían á ser el cuadro sipnótico del libro, la relación sucinta de su contenido, explicábalos siempre de igual manera, con las mismas palabras, con las mismas tonalidades é inflexiones de voz, con idénticas exclamaciones quizá de igual profundidad y con ayes lastimeros á los que unía, para que nada faltase, una prolongada mirada de compasión hacia las últimas bóvedas del eter, á través del humo de la chimenea y por entre las paredes de ésta, recubiertas interiormente de senda cantidad de hollín.

Sentados estos pormenores que, según el parecer de mi tío, tanto ilustraban la cuestión, poníase los anteojos sobre la parte

media de la nariz, y rodeando con el libro la luz del candil, y echando muy atrás la cabeza como si le tirasen del occipucio, comenzaba de nuevo la historia por el capítulo LI.

Todos los tertulianos, que eran de la familia, quedábamos con poca luz, porque la reverberación ígnea del hogar iba perdiendo de intensidad y la flameante del candil iluminaba tan sólo una zona vertical hacia la pared opuesta. Los asistentes á la cuotidiana reunión nocturna, pasábamos la velada con alguna pesadilla, efecto de habernos leído mi tío aquella historia, según inveterada costumbre, la noche del 11 de Enero de cada año, aniversario de la muerte de Ernesto.

Mi tía era quien más se aburría, porque tal vez la hubiese oído leer todos los años desde el en que tuvo lugar su matrimonial enlace, y no sería de extrañar que ya la oyese recitar antes de ahora, en los ratos que pasaba siendo novia, al lado de su prometido.

La última vez que presencié la lectura del documento (que fué la correspondiente al último año de vida de mi propincuo), estaba leyendo un capítulo ya avanzado de la obra, cuando mi tía hizo un aspaviento acompañado de frases ininteligibles y cortadas. Al notarlo su marido, interceptó la lectura, y después de observar por encima de los anteojos, las reverencias y movimientos afirmativos de cabeza de su costilla, la llamó y amonestó para que no se durmiese y estuviere atenta á la lección del texto.

Con el telillo del sueño en los ojos, se levantó, echó una buena firma de astillas al calorífero que ya se iba apagando, y se acurrucó de nuevo en su aposento que aún conservaba una temperatura nada baja.

Mi tío, depuestas su justa cólera y su grima, tomó también su pristina posición, y siguiendo la hilación, terminó el capítulo sobredicho, después de cuya lectura sugeriáansele los conceptos consiguientes, análogos y equivalentes á los del año anterior, glosábalo para su mayor inteligencia y

hacia el panegírico de los amantes con una altisonancia propia de mejor erudición.

Y proseguía por saltos la lectura, escogitando lo que á su arbitrio conceptuaba más digno de ser leído.

La velada en estas noches era interminable, porque mi tío tenía el raro gusto de proporcionarnos aquella tan agradable como amena distracción. Amén de esto hay que advertir, que, durante todo el año, entresacaba del libro por cualquier motivo, y colegía para cualquier asunto, ejemplos á granel; de suerte que era el vademécum y el tu autem de la dicción de mi tío.

Llegó á mis manos este libro por herencia indirecta, línea oblicua; y cansado de haber oído tantas veces su contenido, lo encerré en el anaquel de un armario, juntamente con otros documentos manuscritos que, dicho sea de paso y en obsequio á la verdad, son muy escasos en número y valor.

Próximo el Centenario de los Sitios, también yo he querido conmemorar al igual que mi tío) sin ser partidario de tales fenó-

menos atávicos, sino de un deber cívico), una página que en los fastos históricos de la independencia patria denominamos Sitios de Zaragoza.

Hubiera publicado el manuscrito tal cual hasta mí há llegado; pero el temor de dar á la publicidad resabios arcaicos y anticuados, me há impulsado á cambiar en algunos párrafos y no en todos, solamente la forma y acomodarlo á la manera corriente de hablar un siglo después de escribirse estas Memorias; con lo que he quitado al libro su único mérito y no está bien conseguido lo que me proponía.

Conste, pues, que en las letras nadie me arma caballero andante ni hago pinitos de autor. La obra tiene muchos y graves defectos, cuando yo que soy su padre putativo los veo y confieso; pero nadie me califique de padrastro, al echar el hijo á la calle, porque quiero que mi descendiente, con el ejemplo de unos, el consejo de los otros y las murmuraciones de todos lo que lo leyeren, enmiende sus faltas para lo

sucesivo. Por hoy, me cabe la satisfacción de que aquel legajo de papeles manuscritos, aceitosos y mugrientos que guardaba encerrados en un armario, y cuyos datos he procurado advenir, no es de contenido apócrifo; y que en adelante, serán dos más los héroes perdurablemente santificados por la Historia.

Pasquino.

ERNESTO

Y

ARACELI



LIBRO DE MEMORIAS

ENTRABA en Zaragoza al ano-
checer uno de los últimos
días de Octubre de 1807, á la hora en que
el sol, oculto en el hemisferio de Occidente,
lanzaba los primeros vislumbres del cre-
púsculo.

Como ciudad desconocida para mí, hube
de alojarme donde quiso el cochero que me
trajo; en una hospedería adonde me llevó
un guía mandado por aquél, que según
observè al día siguiente era en la calle
de San Miguel de los Navarros, no lejos
de la esbelta iglesia del mismo nombre.

Al dueño de la fonda llamaban *señor Grabiél*.

Mis nuevos patronos instalaron al *Señorito* (y con este nombre me designaron en lo sucesivo), en una habitación regular, bastante espaciosa para mí aunque no muy bien enjaezada, pues una cama de tablas, una gran mesa de roble, mosaico de manchas, y una silla de cuero viejo claveteada, mudo testigo de un pretérito muy lejano, era el menaje completo. Frente á la entrada había un balcón que comunicaba con un corredor.

El trato era bueno, y por tal motivo permanecí de huésped en este mismo alojamiento la mayor parte del curso.

II

Empezó éste con tan pocos deseos, por mi parte, para el estudio, que creí conveniente no mirar las asinaturas hasta después de Todos-Santos. Llegó este día, y pasó, así como el mes de Noviembre, sin ganas de comenzar el repaso.

Viendo la proximidad de las vacaciones

de Natividad, creí también sería lo más acertado descansar y no preocuparme de estas pequeñeces hasta que llegasen aquéllas, y con esta preparación, con la imaginación despejada y con tan inmejorables aspiraciones, podría hacer grandes adelantos en pocos días, y ponerme á la altura que el compañero más constante y asiduo en el trabajo.

Al primer día de vacación correspondía la salida del coche para Huesca, así es que aproveché esta coyuntura para volver al seno de mi familia. El siguiente lo dediqué á mis parientes y á mis antiguos amigos. Y el tercero también lo pasé con los amigos, porque vinieron muy temprano á buscarme, y claro está, la odiada no tanto como odiosa etiqueta me obligaba á acompañarles y aun agradacer la consideración y alto aprecio en que me tenían. No podía desairarles, porque esto hubiera sido una muestra de cortedad y una falta de trato social. Aparte de que sentía grandes cariños por la vida que antaño llevaba en mi pueblo, y era de suponer que no me había de contentar con un solo día.

Mis amigos razonaban bien al decir que

las vacaciones se daban por descansar, y á esta lógica tan recta ¿quién se oponía? Me decidí, pues, por no abrir un libro hasta el primer día de clase.

III

Ya en Zaragoza, quise trabajar con ahinco, pero sea por mi indolencia al estudio, sea también y principalmente porque compañeros de Universidad venían á molestarte más de lo que yo deseara, transcurría ligeramente y se escapaba el curso por segundos, sin esperanzas de cambiar de vida. Cierto que procuraba sacar todo el partido posible de las explicaciones de cátedra, y que todos las noches leía en la cama alguna que otra lección, pero esto no bastaba para obtener á fin de curso la honrosa calificación que en años anteriores.

Los días de carnaval salieron al paso convidándonos con las diversiones propias de su época, y si en los anteriores no pude estudiar, en éstos ya es de suponer que menos.

Desde entonces, no pensé dejar hasta Semana Santa el comienzo de mis estudios, porque ésto más que pigracia hubiera sido holgazanería; por tanto, determiné poner mi plan en ejecución el próximo lunes, y comenzar la semana con buenos auspicios. Mas no recuerdo por qué fatal coincidencia tampoco estudié aquel lunes, ni el siguiente. Y lo fuí relegando día tras día hasta el tercer lunes, cuya fecha, 21 de Marzo, jamás olvidaré por ser víspera de otra memorable.

El día anterior me despedí de mis amigos y les supliqué con toda mi alma, que no viniesen á buscarme.

Después de comer, mandé traer un café, que era siempre el complemento de mi comida y que ahora aumentaría la fuerza de mi voluntad, y me puse á estudiar con el balcón abierto, para gozar á discreción de los rayos que el sol enviaba á mi habitación, y para ver mejor el jardín que, abandonado durante el rigor del invierno, empezaba á verdear y á ostentar alguna que otra margarita, florecilla que anuncia la primavera.

La topografía de este jardín es breve y sencilla. Matemáticamente, tenía 70 varas

de largo por 45 de latitud próximamente. En los lados de izquierda á derecha, veíanse emparrados á trechos cortos, sin continuidad, que se extendían por las tapias. Por la parte norte del rectángulo cuyo pretil formaba la balaustrada con acróteras de mi corredor, cual si hubieran reconocido anteriormente á los días que historío, idéntico dominio, había interpolados festones de madreselva, clemátides y enredaderas, con aspecto de un seto vivo, y en el extremo derecho, en la convergencia de ambas sendas, un cubierto de panjiles. El opuesto del polígono, adosado al pie del edificio frontero, estaba guarnecido de yedra que ascendía trepando por lo alto de la pared; y en el comedio del paseo, equidistante de sus extremos, un colgadizo agreste de paredes caladas á guisa de pórtico ó perístilo de la fábrica de la casa. Sobre éste, y rodeada de yedra á manera de ancha guirnalda, una ventana, pequeña mejor que grande, llena de macetas con plantas diversas, redondeada por la yedra adherida al contorno y semejando los jardines colgantes de la histórica Babilonia.

Diseminados por el jardín había unos

pocos árboles, pigmeos casi todos con exclusión de una ingente magnolia. En el suelo germinaban plantas con la fuerza de la primavera.

Pasé toda la tarde entregado al estudio, pues desde este día hasta Semana Santa, se nos había dispensado la clase de Anatomía que teníamos á las tres de la tarde con el Dr. D. Julián Hernández.

Repasé cinco lecciones ¡En medio de qué gran placer se vive cuando saboreamos el fruto de nuestro trabajo! El trabajo dignifica y ennoblece al hombre.

IV

Salvé de un tirón toda la noche.

El martes quise hacer lo mismo que el día anterior, pero héte aquí que en el crítico momento en que me preparaba para continuar la tarea, entran en mi habitación, con gran estrépito y alborozo, mis inseparables amigos del alma.

Uno se me echa encima, otro me cierra los libros, aquél se sienta en la mesa y todos se apoderan de los cigarros.

Tan de prisa y con tal confusión me lo contaron, que casi no les entendí; pero deduje que al serenísimo Príncipe de la Paz, D. Manuel Godoy, le había exonerado por traidor á la patria y al rey, del almirantazgo de España é Indias y demás honores y distinciones que tenía; que el motín de Aranjuez iba encaminado contra la persona y familia del favorito; que se le había reducido á prisión; que Carlos IV había abdicado en su primogénito el Príncipe Fernando, y sobre todo que me echase con ellos á la calle.

Allá fuimos. Y efectivamente; se habían recibido de Aranjuez las nuevas susodichas.

Una turbamulta de escolares, bullangueros y amigos de jarana, iba Coso abajo, hacia el arco de Valencia, á la Universidad, vociferando y en completa algazara.

Los manifestantes se dirigieron en actitud pacífica al Rector D. Juan Pascual Gascue, pidiendo el retrato de Godoy que en 18 de Abril del año anterior habían colocado en el teatro mayor de la Escuela, junto al de su restaurador el emperador Carlos V, en gratitud y reconocimiento á las gestiones que Su Alteza el Príncipe de

la Paz hizo ante S. M. Carlos IV, para conseguir que los estudiantes se librasen del sorteo de quintas mediante el estipendio de 2.000 reales.

Como fué denegada la petición, invadieron en tropel el Teatro y descolgaron el retrato. Todos á porfía querían hacer á don Manuel objeto de sus iras. Todos querían descolgarlo. ¡No ser él mismo en persona!

Una voz estentórea se oyó en el salón. Hubo varios siseos y se restableció el orden y la calma. El que había alcanzado el cuadro, de pie aún sobre la mesa desde la que descolgó el retrato, arengó en tono épico á sus colegas y les invitó á que nadie tocase la estampa, hasta llegar al punto que se designase, pero no se pudo evitar que lo arrastraran por el patio de la Escuela.

V

Salimos con no menos algazara que cuando entramos, llevando el cuadro sobre un palo; y al llegar en el Coso, frente al café de D. Antonio Gimeno, comenzaron á gritar desaforadamente ¡aquí! ¡aquí!

Aquello era un plebiscito. No hubo más remedio. Los portadores de la víctima á inmolar, constituyendo el Directorio, tuvieron que detenerse allí, donde indicó la masa informe de estudiantes.

Se había llegado al lugar del sacrificio.

La gente desde los balcones batía palmas sin cesar y aplaudía la conducta de los escolares.

En un santiamén se hizo una hoguera con papeles, astillas y haces de leña que no sé de donde trajeron. Pero no era justo entregar á las llamas, sin tomar venganza del traidor á la patria y del usurpador de la corona, y al lanzarlo á la hoguera, se apoderan otros de él, se lo reparten en trozos menudos, cada cual le injuria con mil dicterios y maldiciones, le escupe, patalea, hace trizas, lo arrojan al voraz incendio juntamente con el marco, y por último esparcen al aire sus cenizas.

Se había hecho la incineración del cuerpo de Godoy.

Acto seguido, compramos en casa de los Alemanes un retrato del Príncipe de Asturias que costeamos con una suscripción voluntaria y que firmamos el 27, fundada en el amor singular que profesábamos á

nuestro rey, y proclamado por tal de España, fué llevado en triunfo y entre dos filas de comparsa estudiantina, hasta el teatro de la Universidad donde fué colocado con verdadero fervor y entusiasmo, en sustitución del de Godoy, á la derecha del Emperador.

El claustro concedió vacaciones hasta el día 28, y el 24, jueves, el tribunal de la Real Audiencia, dió licencia á cuantos estudiantes quisiesen marcharse á sus casas, aprobándoles el curso por entero. Y aunque yo estaba propenso á usar de éste beneficio, viendo que las ventajas no eran tan grandes como se presumía, y atendiendo al cortó número de cursantes que se acogieron á esta orden, me decidí por seguir asistiendo á clase como la mayoría de los escolares.

VI

El 26 llegó á Zaragoza en el correo de Castilla, la noticia oficial de la abdicación del rey á favor del Príncipe de Asturias y de su publicación, noticia que celebró el

vecindario con regocijo y entusiasmo, y los estudiantes tocando composiciones musicales de ocho á once de la noche, junto á la Cruz del Coso.

VII

Al día siguiente, la ciudad dejó de ostentar la efervescencia de sus ánimos y todo volvió á su estado normal. Yo también reanudé aquella tarde, junto al balcón, el repaso de mis asinaturas.

Un anciano estaba cavando la tierra y en este ejercicio permaneció como un cuarto de hora, paralizando dos veces su ocupación é incorporándose algunos segundos como para tomar aliento y brios con que continuar su esforzada tarea.

Breves momentos después, ví pasar á lo largo del andador de la derecha y con dirección al cobertizo del rincón, á una joven que llevaba un plato en la mano izquierda, y en la derecha, una garrafa de gollete estrecho parecida á una cantimplora.

El viejo, al verla, suspendió su trabajo

como por una persuasión interior y acudió también al mismo sitio.

A los cinco minutos, el viejo salió del cubierto para continuar su ocupación, y la joven con la misma prontitud, arrogancia y andar airoso con que había entrado, salvaba el pretil de la derecha hacia su casa.

Hasta dos días antes al que ahora me refiero, no encontré indicio alguno que de cierta manera delatase que estaba aquella casa habitada. Al pasar al comedor en la hora de la cena, y cerrar una hoja del cristal de mi balcón que tenía abierta para que de fuera no se viese lo que interiormente ocurría, según es costumbre de cerrar las ventanas y balcones al anochecer, cuando, no siendo posible ver con la luz natural se encendía otra artificial, observé la silueta gentil de una mujer, apoyada en la terrapisa de la ventana que daba casi enfrente de mi balcón. Largo rato permanecí acechando para satisfacer mi ávida curiosidad, moneda corriente, que quedó incumplida, por más que en pro de mi deseo contase con la melancólica luz que ciertos reberversos delataban, y con la límpida de la luna que daba de

lleno en la pared quebrada por la ventana que vagamente ostentaba el gallardo busto de un ser humano.

A las primeras horas del crepúsculo vespertino, el anciano se alejó algún tanto de una manera indiferente, y desde su puerta, lanzó una mirada por todo el jardín como para calcular el importe ó fruto de su trabajo y despedirse hasta el día siguiente.

Yo también me retiré.

VIII

Tan pronto como hube terminado de comer el próximo día, salí á mi balcón para saborear la nicotina de un cigarro y gozar del calor del sol.

El viejo trabajaba allí debajo. A nadie más ví en el jardín. Dando tregua á su monótono trabajo se incorporó y se limpió el sudor de la frente; y al mirar instantáneamente á mi corredor, pude apreciar sus apariencias.

Desde el punto de vista físico, era más bien alto que bajo, disminuída notablemente su estatura por el peso de los años;

acecinado y bien formado. Su tez, bruna y calcinada por los rayos del sol; ojos poco rasgados, lo suficiente para dejarse ver sus niñas azul-oscúras, sombreados por las pestañas grandes y blancas como suelen ser las de los grandes pensadores ó las de aquellos miserables corroidos por cierto pensamiento funesto las más de las veces; su frente, despejada, reverencial y cruzada por las arrugas del pasado; de nariz delgada y correcta, proporcionada á su constitución física, de igual modo que la boca, de labios apagados y orejas cubiertas de pelo canoso que casi venía á dar en los hombros. Sus manos negruzcas y callosas por el trabajo.

Y desde el punto de vista moral era como pronto eché de ver, desprendido, sóbrio, risueño y afable. Su figura tenía mucho de aristocrática, y aunque no perteneciera á la más alta cumbre del pulimento social, tenía el refinamiento de una esquisita cultura.

Vestía gorra de piel felina, quizá para poner su calvicie á salvo de la crudeza del invierno. Llevaba camisa de paño burdo blanquecino debajo de la que, y por la abertura de su pechera, se veía otra fina

y primorosa, de cuello cuadrado, ambas sujetas al cuerpo por un gastado chaleco de terciopelo negro con alamares, bordado por delante en seda de varios colores y recamado de orfebrería. Llevaba asimismo corto pantalón de tela felpuda y gruesa aparentemente, abotinado cerca de los rojos borceguíes descarcañalados y apretados por una hebilla y cubiertos con guardapiés.

Su aspecto fisiológico me infundía respeto y simpatía, y en la sencillez de su traje veía yo confundida la humildad de la miseria y la soberbia de su abolengo, la arrogancia de su alma á través de la indigencia de su cuerpo.

IX

Una semana después también le hallé trabajando. Saludéle con una inclinación de cabeza, y él, cortés, me contestó dándome las buenas tardes. El viejo desde su finca y yo desde mi balcón de madera, cambiamos amigablemente varias palabras.

Comprendí que era un agricultor entendido, un agrónomo auténtico. Preparaba la tierra para plantar el tomate y el pimiento.

Su aspecto agradable, me dió confianza para hablar con libertad, y convidándome á entrar á su pequeño mitad huerto, mitad jardín, acepté. Cojí el sombrero que tenía en la habitación sobre mi mesa de estudio, y salí precipitadamente.

Al llegar á la puerta de la casa que buscaba, tiré de una cuerda, se oyó en el interior un ruido como de tablas que rozan, comprendí que era el picaporte y empujé la puerta que se abrió dando un quejido, cual si llorase la inercia á que estaba relegada. Iluminóse un pasillo largo y estrecho que examiné detenidamente mientras entraba, como suele hacerse en semejantes casos, y volví á cerrar.

Quedé casi á oscuras. Las rendijas de la puerta iluminaban vagamente un trecho pequeño del luengo pasillo, y por el extremo opuesto del mismo, se observaba idéntico fenómeno, debido á la luz que franqueaba la puerta entreabierta que comunicaba con el jardín.

No bien extendí por éste la vista, cuando

oí á un perro gritar desesperadamente, y dos voces humanas, de diferente timbre, que contrariaban la intención del animal, llamándole con insistencia.

—¡Alí! ¡Alí!

Ya sabía el nombre del can.

Alí se me acercó, conservando todavía rencor, y me seguía olfateando y tocando mis talones con sus narices, que es costumbre en tales animales.

— No tema V., pase— me dijo el viejo, desde un lado del huerto, cerca de la puerta donde venía á esperarme, señalándome con unas plantas verduscas que llevaba en la mano.

Y me dirigí hacia él por la derecha, mientras el anciano cruzaba el jardín hasta el tajo.

X

A la mitad del paseo estaba gozando del sol tamizado por un frondoso peral, y sentada en un cilindro de anea de palmo y medio de alto, una joven que tenía sobre sus rodillas un bastidor con paño azul jaspeado de diversos colores.

Al pasar junto á ella, me acerqué para saludarla, y separando un sillón rústico de mimbres en que apoyaba el pié derecho, se levantó con infantil gentileza, esbelta, en el esplendor de unos veinte años, cimbreante su talle cual rama de sauce, hablando con la sonoridad y armonía con que hablan los pájaros en primavera entre las frondas del bosque, correspondiéndome afectuosa y risueña.

Sus mejillas, encendidas por efecto del sol, hacían mágico contraste con sus ojos azules, hermosos como el firmamento, dulces y tímidos como de gacela, brillantes con la fuerza de la candorosa juventud virgen de todo pesar, y agraciados con sus arqueadas cejas de ébano bruñido, y sus párpados envidiosos de cuanto en aquellos se mirase. Su frente, nacarina, transparente olímpica, aunque no mellada por los surcos que legan los años como recuerdo del pasado, tenía mucho de mayestática. Sus labios de carmín, drapeados interiormente de blanco marfil y levemente abiertos, simulaban los pétalos de una flor hermosa que ríe y despide olor fragante, aromátizando el aura beneficiada con la gracia de mecerla y tocarla levemente. Su opulenta

é ideal cabellera rubia, que brilla y cabrillea, cual las perlas que el verde campo ostenta al sol de las mañanas en la estación invernal, sin más tocado, oropel, joya ó adorno que el de sus propios cabellos, acariciando su níveo cuello, descansaba sobre sus hombros redondos y delineaba tímidamente su prominencia pectoral.

De la extremidad visible de sus orejas, pendían dos zarcillos ó herretes de filigrana. Vestía con holgura una blusa casi negra y un fatel ó falda de pliegues también oscura, y su breve pie, que yo había visto descansar en el sillón bajo de mimbres cual en pequeño escabel, calzaba negro y escotado zapato.

La mujer en sí, es bella, y es fin de la belleza que nada tiene de mutable, convencional, hipotético ni subjetivo, el ser loada. Por eso yo que soy de verdadero temperamento estético, presto sumisamente parias á la filosofía del arte, y en este momento, rendía interiormente pleito homenaje á aquella beldad.

XI

Terminada nuestra salutación, sentóse la joven para continuar su tarea; y yo, abstraído de mi ser y dominado por aquella visión, fuí seguidamente al tajo en que el anciano trabajaba, á quien pedí perdonase la molestia que le causaba interrumpiendo su faena, que prosiguió alternando simultáneamente conmigo en la conversación.

Y tanto me interesó con su amabilidad en aquella operación agrícola, que le ayudé á plantar yendo delante de él y dándole uno por uno los vástagos que iba poniendo en la tierra.

Verificada la plantación de la hortaliza, regué yo mismo, mediante una regadera que llenaba en dos grandes pilas que había en un ángulo del jardín, cuya agua allí se recogía por las atarjeas de dos habitaciones y por la canalera de todo el edificio en el que *D. Antonio* parece ejercía un antiguo é incontrastable derecho consuetudinario de servidumbre.

Sentí que terminase la operación, porque

durante ella me quedaba tiempo para servir al anciano, y en sus intervalos, contemplar de soslayo aquella muchacha que tan hondamente se había grabado en mi pensamiento, de tal modo que no podía separar de mí su imagen.

La faena dió fin, y con la venia de ambos me retiré, no sin darme antes afablemente las gracias por mi visita y acompañarme el anciano hasta la puerta de la calle.

XII

Llegada la hora de cenar, fuí á reunirme con mis camaradas. No recuerdo qué pasó durante la cena, pero en cuanto terminó me encerré en mi aposento.

Después de encender el velón, entreabrí el balcón, miré á través de sus cristales el jardín desierto y solitario, y en la parte baja del edificio frontero, la puerta que á él daba acceso, y encima de la puerta, la ventana que tenía macetas sin cuento. Pero todo, como si fuese un ser humano capaz de contestar á mis pensamientos, me decía triste y apesadumbrado «no está»; y sordo

á estas impresiones, prestaba oído hacia el lado opuesto del jardín donde vivía aquella joven de ojos de oriental záfiro que en mí habían producido tal sensación de simpatía.

Insensible al frescor de la noche, continué así por largo tiempo, refirmado sobre el barandado de madera de mi corredor; y juzgando difícil ver satisfechos mis deseos, me retiré con el mismo pensamiento, que en todos mis ratos de insomnio de aquella noche no pude desechar.

Por fin caí en brazos de Morfeo.

XIII

Valido del permiso de mis vecinos, hice nuevamente mi visita, á la hora consabida. El viejo me vió tan pronto como entré en el huerto, y el perro levantó la cabeza desde su aposento como para reconocermé, y tomó la misma posición sin gritar.

A la sombra de la magnolia y cerca del sitio que el día anterior, estaba la joven respaldada lateralmente en el sillón de mimbres blancas, inclinada levemente su

cabeza sobre la mano derecha, sondermida plácidamente, ostentando su rostro una especie de tranquila diafanidad, y con las caricias del calor tamizado por el árbol que orgulloso erguía sus ramas hacia el firmamento, como concha que oculta codiciada perla contra el deseo ambicioso de una posesión extraña.

Su hermoso cabello en desorden, era el guardián de la mejilla sonrosada y fresca mecida en la penumbra por el aura suave de la estación primaveral, recelosa de quien osara mancillarla con la expresión más viva del sentimiento amoroso. Su mano izquierda, más blanca que el nácar y más hermosa que la de la fortuna, descansaba muellemente sobre sus rodillas. La falda dejaba ver la puntita de sus zapatos, cuyos piesecillos, chiquitos y diminutos, tenía el uno ligeramente puesto sobre el otro.

Para no molestarla, que dormitaba, me dirigí con paso quedo y con tiento, hacia el viejo que trabajaba la tierra; más advirtiéndolo ella, se incorporó momentáneamente.

Una sonrisa angelical irradió en sus labios, y disimulando la vergüenza que

experimentaba por la sorpresa, cogió el bastidor que ocioso yacía sobre el asiento de anea, y se puso á trabajar.

XIV

Y todos los días me iba disciplinando con el buen anciano que tanto me había agradado y tan simpático se me había hecho. Yo le constituí mi profesor de agricultura, y él tenía un discípulo atento si no aprovechado.

Era gusto tan sabroso aquel ejercicio corporal, que muchas veces rogaba á mentor tan excelente, me permitiese continuar, sí breve rato, su monótono trabajo. Era connivente conmigo, y durante él, me daba conversación é instrucciones sobre la dialéctica agrícola, que yo aceptaba como si fuesen consejos paternos.

Algunas veces veía D. Antonio que yo me fatigaba, y esto sucedía á los pocos momentos de coger la herramienta que en sus manos se convertía en ligero instrumento; y me instaba con una fe proverbial á que fuese á descansar en uno de los

asientos ya dichos, que había para tales casos á la sombra del peral ó de la magnolia.

Todos los días procuraba trabajar para que me dijese lo mismo, y yo lo aceptaba á la primera invitación, aunque aparentando más que agrado indiferencia, ya que no desprecio por urbanidad.

Allí encontraba reposo y distracción cariñosa. En el ruedo de anea, trabajaba la joven en su labor ordinaria de bordado, excepto un momento que al atardecer distraía para encender el fuego y preparar la cena. En otro cilindro igual que se había agregado, me sentaba yo frente á ella para pasar ratos breves, por lo deliciosos que eran.

El primer día que D. Antonio me concedió esta gracia, de feliz é inolvidable memoria para mí, aunque me faltaban las ideas y las palabras se me atropellaban en la boca por el mucho azoramiento para preguntarlo, tuve deseo de saber el nombre de mi interlocutora, mas ella recelaba descubrirme, como si fuera delito su revelación. Tímida y medrosa, contestábame con evasivas, hasta que cediendo á mis ruegos, dijo con más gracia que las hijas ribereñas del Guadalquivir:

—Araceli me pusieron en la pila bautismal, y por abreviatura me llaman Celi.

Nombre bonito y expresivo. Ara del cielo, altar expiatorio que el Todopoderoso ha deparado á alguno de sus elegidos. Hechura suprema de la incomparable belleza espiritual. Inspiración óptima del Hacedor en el universo creado.

Si el Dios de la creación hizo á la mujer lo último en el tiempo y en el espacio, como la manifestación sintética de todo lo preexistente, destello impuro de la esencia increada, debió crear este ser en un acto de su volición divina, desemejante de aquél por el que fué hecha *ex nihilo* la humanidad entera, de la que Celi se diferencia en especie como entre sí individualmente se diversan todos los miembros de una misma falange angélica.

Araceli; lugar de holocausto entre la criatura y el Criador.

XV

La conversación de Celi me era tan sabrosa y halagadora, que más de una vez permanecía enajenado, desvanecidas las

imágenes de mi cerebro, contemplando su mirada inocente, platónica, tierna, pródiga de bondades, aquilatando, sin ver, el más nimio detalle de sus facciones delicadas, abstracto como si oyera un canto, cual si auscultara un arrullo, porque canto y arrullo era su voz, vaho divino de su esencia.

Su abundante vocabulario, propiedad exclusiva del Diccionario; la arquitectura, que es la esencia, de su lenguaje; la estructura de sus palabras, de las más castizas que el léxico oficial aprueba; su facultad elocutiva, genuina, pura y natural; su facundia atrayente, galana, pero sin hipóbole ni alambicados giros; su talento; sus semblanzas enciclopédicas, literarias y científicas; su *idioma de los dioses* en tal perfección dominado, tenían suspenso mi vida consciente y mi inconsciente, admirando su numen tutelar, delectándome en los abundantes efluvios de gracia que aquella criatura nada vulgar irradiaba, y enmudecido ante el temor de cometer dislates de lesa sintáxis.

¡Qué aticismo! ¡Qué elegancia! ¡Qué de poéticas frases!

XVI

En el sillón de mimbres que quedaba libre, sentábase D. Antonio cuando daba de mano á su trabajo, hasta después de ponerse el sol y que advertía ser ya hora de retirarnos.

Celi y yo seguíamos con paso lento á don Antonio, quien me instaba le acompañase hasta la hora de cenar. Más yo no aceptaba solamente por comprender que me estaba haciendo demasiado molesto.

Tras de mí al principio y á la par después, y hablando con ostensible naturalidad, salía Celi, no ya hasta mitad de pasillo como lo hizo en días anteriores, en donde esperaba hasta que yo cerraba la puerta, cual suele hacerse con personas de confianza con las que no necesitamos observar la fingida y malhadada etiqueta, sino hasta la puerta, donde, favorecidos por el crepúsculo, permanecíamos teniendo entreabierta, despidiéndonos sin atender á cuanto en la calle pasaba, hasta que cerraba la noche.

Siempre sucedía lo mismo. Celi salvaba

el pasillo con precipitación, á paso rápido, cuyo ruido yo escuchaba desde la entrada hasta notar que había llegado á la cocina, y me marchaba también aceleradamente para asearme y bajar al comedor, adonde llegaba el último de los huéspedes.

XVII

Después de cenar y mientras que don Antonio se acostaba, asomábase Celi á la ventana del jardín para ver la apacibilidad de la noche, desde donde contestaba lacónicamente y en voz baja las preguntas que su padre le hacía.

Era éste para mí un instante de placer, aunque la escasa luz de la habitación sólo me permitiese vislumbrar confusamente la silueta de aquel ángel que tan bien hablaba.

Así permanecíamos en silencio, salvando solamente nuestra mirada la distancia que nos separaba, hasta que Celi desaparecía de mi vista.

Quedaba yo sólo en mi balcón, contemplando el sitio del jardín donde ella había

trabajado, el camino sendereado que conducía á su casa, la ventana que acababa de cerrar.....

XVIII

Transcurrieron de esta suerte ocho ó nueve días próximamente, pero fuí cobrando á aquella familia tal apego en tan pocos días, que no parecía sino que había convivido con ellos una gran parte de mi vida.

En el primer domingo de mi visita cotidiana, ignorando no ser día laborable ni si aquella bendita gente observaba el precepto del descanso dominical y festivo, pasé como ya de costumbre, y les encontré en el jardín, cada uno en su asiento respectivo. Aún tenía humor D. Antonio para enseñar al perro á hacer la instrucción, á andar derecho ó en tres pies y á cojear de una manera cómica. Al acercarme á ellos, se levantaron muy afables, corteses y obsequiosos, é invitándome ambos á sentarme, nos sentamos todos tres.

Guiado por la nimia libertad que más de una vez me obligaron á tomar, pregun-

té á Celi por la índole del libro que llevaba en sus manos, y Celi, sonriente, pasando rápidamente todas las hojas del libro y dejando percibir el ruido que al chocar entre sí aquéllas producían, contestóme que era un libro antiguo de devoción. Efectivamente; lo había imaginado por la forma peculiar y casi privativa de los libros ascéticos, lo mismo que el color negro de la cubierta y su dibujo rameado.

Era yo tan bien considerado por aquellos vecinos, tanta deferencia me guardaban, que me hacía simpatizar más con ellos cada día que avanzaba. Todas las tardes, pasaba con sumo placer al sol hermoso de la apacible y rica primavera. Era tan de mi gusto, me eran tan gratos su ecuanimidad y su admirable don de gentes, que, cuando salía de casa, ya no decía á mis patronos á donde marchaba, porque mis amigos que todos los días venían á buscarme, no me molestaran y distrajesen aquellos ratos tan placenteros.

XIX

Departimos acerca de la primavera y su influencia sobre las plantas; del frío y del calor con los efectos de entrambos; sobre la clase proletaria; incidentalmente de la suerte propicia ó adversa que acompaña los momentos de la vida; y á propósito de ésto, comenzó D. Antonio á hacerme relación detallada de la suya propia.

— Desde que tuve la fatalidad de perder á mi esposa Teresa — decía tristemente y con la seguridad del que lee en el archivo de su memoria los hechos que menciona, ¡tan hondamente se hallaba herido su corazón! — desde aquel infausto día que recordaré perfectamente en el poco tiempo que resta de mi existencia, la desgracia no me ha dejado de su mano. Quedé sólo con mi única hija; dos seres, el uno que todavía no ha pisado los azorosos umbrales de la vida, y el otro que ya huye de ella. Tan sólo contaba Celi catorce años, y yo estaba próximo á los sesenta. ¡Ah, Dios mío! — exclamó volviéndose y extendiendo su mirada por un extremo del jar-

dín como para ocultar la tristeza que se iba apoderando de su alma. — Toda suerte de infortunios cayó sobre la huérfana y el viudo.

— ¡Padre mío! — dijo Celi queriendo desechar la emoción que embargaba el corazón de su querido padre, y con un respeto que rayaba en veneración.—Es necesario resignarse y afrontar, en la medida que nos sea posible, las vicisitudes que nos acompañan en este triste destierro. Si toda la vida fuese un edén de felicidad, vendría á convertirse este mundo en un paraíso. Mas aquel goce, le está vedado al hombre casi por completo.

¡Ay, hija querida! — contestó D. Antonio algo cauteloso y reticente—Eres muy joven para que puedas comprender los sinsabores que acibaran nuestra existencia. Cuando cuentes con mis años, que ójala sean de ventura, cuando te haya aleccionado la experiencia, sabrás alguno de los muchos misterios que la vida encierra.

—Es que se afecta V. demasiado cuando recuerda días pasados, y me dá pena verle sufrir.

—No puedo menos de inmutarme. Ima-

gine V., Ernesto,—dirigiéndose á mí,—que cuando partió de este mundo su pobre madre, Celi quedaba expuesta á mil eventualidades, por lo peligroso que es el estado de una joven abandonada de la solicitud maternal. Para quitarme remordimientos que en días futuros pudieran atormentar mi conciencia, determiné casarla tan pronto pasase el primer aniversario de la muerte de Teresa. Y en la sazón á que me refiero, tuvo lugar, muy á gusto de ambas familias de los contrayentes, el matrimonio de Celi con su prometido, joven que por desgracia resultó ser de livianas y perversas costumbres.

Al pronunciar D. Antonio estas últimas palabras, las mejillas de Celi cambiaron súbitamente de color, poniéndose lívida; y bajando la vista para distraer y ahogar su sonrojo, comenzó á arrollarse en el índice izquierdo la cinta del delantal que pendía de la cintura.

XX

—Celi—prosiguió su padre sin advertir la impresión que sus palabras producían en su querida hija— estuvo casada solamente para gozar el tiempo de placer que llevan consigo los primeros días de matrimonio; goce que pagó después con sobradas creces. Efecto de la ociosidad en que de continuo se encontraba su opresor, dedicóse éste al juego en que dilapidó, contra nuestras amonestaciones, casi todo su patrimonio que era el mío. Su cinismo me hizo víctima de sus picardías; pero aunque era innoble el haberme engañado, todavía sería soportable. Tenía que trascender. Afeminado é hidrópico de placeres, crapuloso y sibarítico hasta perder la dignidad de hombre, atendiendo sólo á la parte confortable de la vida, se había abrutado y embrutecido en términos que llegó á faltarme al respeto: tuvo la avilantez de ultrajarme. ¡Picaro! ¡belitre! ¡borracho!

Y aumentaba el tono de su voz ensañándose con tales predicamentos.

Sus ojos se llenaban de vivacidad, y se oprimía las sienes con ambas manos para contener su cólera.

XXI

—Uno de esos días—agregó, recobrando la serenidad— en que parece que el sol se levanta tinto en sangre de las tinieblas de la noche, precedido de un crepúsculo extraño, sería el que continuó su suerte funesta y su depravada vida. Comió aquel día con nosotros á la hora acostumbrada. Su rostro estaba algún tanto demudado. Sus mejillas delataban calor, y sus ojos, queriendo saltar de sus órbitas, ira. Pocas palabras rompieron el silencio durante la comida, terminada la cual, pidió oscamente dinero, y entregándosele el poco que había en casa, salió de ella taciturno, melancólico y malhumorado, dominado por la presión ineludible de una grave idea. Aquellas demostraciones fueron de mal agüero.

D. Antonio, después de un movimiento

de cabeza y una señal de displicencia, como pesándole evocar recuerdos sinietros, añadió:

—La noticia se vulgarizó con rapidez. Un su amigo en cuya casa reuníanse para jugar... Que Luis (que así se llamaba el esposo de mi hija)..... No era extraño. Las pasiones son acicates que conducen más allá del crimen. Celi echó á correr desesperadamente hacia el sitio que se le había designado, y yo también abandoné la casa en la misma dirección, pero tuve que volverme porque mis piernas me flaqueaban, no tenían fuerza para sobrellevarme, efecto de unos reumas que los primeros bramidos de un aquilón de Noviembre, constante amigo de estas enfermedades y de las pulmonías, me propinaron. Luis había desaparecido. Poco después dijeron que dos policías le habían preso y conducido á la prevención. Aquel día no pudimos verle. Había matado á un hombre en su propia casa, y había pretendido matarse después á sí mismo, que lo hubiera conseguido á no impedirlo un colega del juego. Aquella misma tarde... nos pidieron declaración. Nuestro alegato fué breve. Ignorábamos el suceso.

Un silencio prolongado cortó la historia. D. Antonio se detuvo para reflexionar nuevamente lo dicho, Celi enjugaba las lágrimas que brotaban de sus ojos, ahogando á la vez sus gemidos, y yo había enmudecido al oír tan gráficamente como la desgracia se iba apoderando de la cuitada familia.

XXII

El anciano, después de carraspear de recio dos ó tres veces para conjurar la emoción que anudada su garganta, haciendo cuanto pudo por sosegar, terminó su relato con voz suelta y firme.

—Fiscalizaron nuestros bienes para indemnizar daños y restituir perjuicios, dejándonos en una situación asaz precaria, y me ví precisado á sacar el dinero que guardaba oculto á mi familia desde antes de casar á mi hija, en previsión de acontecimientos inesperados. Teníalo depositado con un pseudónimo en una sociedad bancaria; mas como el capital cifraba tan sólo cuatrocientos setenta duros, rendía un módico interés ó casi insignificante, y

tuve que ir retirando y amortizando el capital, disminuyendo y limitando todavía más su rendimiento. Y como nada pude recabar del tribunal fiscalizador que todos mis bienes había considerado judicialmente embargables, los cuales no alcanzaban á cancelar las cuantiosas sumas adeudadas por Luis, y cuyos títulos llevaban aparejada ejecución, comenzamos á pasar un método de vida más que estrecho. Nos trasladamos de Valencia á Zaragoza, á esta parte de casa que no se reconoció como propiedad nuestra, en la creencia de vivir con más economía, entre otras razones, porque nos evitábamos pagar inquilinato; pero nuestros males se mitigaron muy poco. A este trozo de tierra —midiendo el huerto con la vista— que antes era corral y que poco á poco he ido convirtiendo en huerto, procurando no esquilmarlo, le hago producir bastante, pero como es tan corto y entre paredes, su producto es muy escaso.

XXIII

Al terminar aquel esquema tan ligeramente narrado, me miró é hizo unos movimientos afirmativos de cabeza, ratificación de lo anteriormente dicho. Más como yo quedara reflexionando la magnitud y ensañamiento continuo del infortunio,

—Creame V. Ernesto— añadió D. Antonio roborante—le soy sincero; somos la personificación de la desdicha. Esta se encarnó de tal suerte en mi familia, que parece, no que se haya desposado, sino que se ha identificado con nosotros.

Había en la expresión de su rostro un poder tan persuasivo, que no puse en entredicho ni afluyó á mi mente la menor duda de que era cierto cuanto aquel hombre acababa de decir. Comprendí que era franco, ingenuo y veraz. Sus palabras, proferidas con la gravedad y cadencia del oráculo, estaban autorizadas no sólo por la cordura que llevan consigo los años y por el respeto que las canas mere-

cen, sino también por la convicción moral y persuasiva que de los hechos tenía.

El espiritualismo cristiano había dotado á aquellas almas, ulceradas por faltas ajenas criadas entre el fango del arroyo, de una longaminidad y constancia de ánimo que no reconocían límites.

XXIV

Por uno de esos instintos humanitarios, altruistas y filantrópicos que implica en sí todo corazón por maleado que se halle; por esos sentimientos ingénitos de la voluntad humana ó que le han modelado en el troquel de los buenos símiles y parábo- las que nuestras tiernas madres nos infiltraron en los primeros años de nuestra infancia; triunfando el imperativo categórico de mi conciencia sobre el egoismo y los mezquinos intereses; por la conmiseración de la desgracia presente; no sé por qué motivo, púseme á pensar en la solución de aquel difícil problema, en un paliativo siquiera; y de momento se me ocurrió una idea que parecía despejar la incógnita.

Casi dos meses tenían que transcurrir para la terminación del curso académico, de la convocatoria de Junio. Estaba yo hospedado en la casa frontera á la de mis interlocutores, pagando diariamente seis reales por alimentación y servicio completo de hospedaje, que sin ser esmerado no dejaba de ser bueno. Mediante esta cantidad, el exiguuo rendimiento del jardín, y el aditamento del producto manufacturero de Celi, podríamos vivir los tres, no con holgura pero sí modestamente. Y el problema económico y financiero de la subsistencia quedaba resuelto. Esto aparte, mi padre era muy espléndido conmigo y nada de lo que necesitase me había de negar.

Agolpadas en mi mente estas ideas, me parecieron exentas de todo inconveniente y medio viable siquiera por unos días, después de los cuales *Dios diría*. Y les expuse con brevedad todo lo que súbitamente había anidado en mi fantasía.

Un iris de felicidad frisaba el rostro ya arrugado de D. Antonio, quien al oír mi exabrupta idea, abrió desmesuradamente los ojos, á la vez que se mordía su labio inferior. Un movimiento de cabeza arguía aquiescencia, mientras que Celi, presa su

alma de igual enagenación que la de su querido padre, transfigurado su rostro y pálida por la emoción, esperaba con avidez el resultado de mi exposición y el asenso explícito de D. Antonio. Era aquello la apología de mi concepción.

Los dos se miraron en medio de una agitación repentina de ánimo, como si viesen la contraposición de su vida pasada. Unidas en estrecho lazo estas dos clases de belleza, la adolescencia y la senectud, apoyabáse esta en la esperanza de aquella, la sabiduría de la experiencia en el candor de la juventud; la debilidad sostenida por la fuerza viva. La acuación de dos seres diferentes.

XXV

Así estuvimos un buen rato; ellos absortos y yo inmóvil, contemplándolos y gozando con ellos.

Las alegrías son mayores cuando suceden á una desgracia, porque el placer es por el dolor y sin éste no habría aquél. Al relato del anciano que recordaba su des-

gracia y que de nuevo padecían aquellos seres acostumbrados á los grandes embates de la suerte, sucedía el placer que la perspectiva de mis palabras ocasionaba.

Durante cinco minutos no se oyó otra cosa que la voz del cuclillo que en la cumbre de los árboles cantaba anunciando la proximidad del buen tiempo.

De pronto, y cediendo á una mutación brusca y repentina, D. Antonio arquea doblemente sus cejas, convérgense las arrugas de su frente hacia la parte superior de la nariz, presenta su rostro un ademán de desagrado, y dice:

—Hay óbices insuperables con los cuales no habíamos contado: y son; la carencia de una habitación apta con los requisitos indispensables que el caso demanda, y el segundo, que nuestra comida es harto frugal atendido el número y calidad de viandas que V. suele ver en la mesa á que se sienta. Agradezco infinito la buena intención y mejores sentimientos de su corazón, Ernesto, y estándole reconocido doy á V. un sinnúmero de gracias.

Estos argumentos que militaban en contra de mi deseo eran gratuítos, fútiles y especiosos, que yo rebatiría sencillamente:

y eliminaría sus entresijos é inconvenientes.

—El único obstáculo atendible y digno de aprecio, conjeturo que debe ser la falta de habitación. En cuanto al comer, estoy habituado á la sobriedad.

—Vano considero nuestro intento que hubiera sido factible á no mediar la escasez de que hablamos. No obstante, reitero á V. mi estimación y reconocimiento.

XXVI

Apenas manifesté mi deseo de ver la casa y habitaciones disponibles, se levantó don Antonio del sillón, y con mil amores y palabras deferentes y corteses, díjome que le acompañase.

Yendo yo ledo tras él, que caminaba con paso vacilante, entramos en el pasillo hasta cerca de la puerta de casa ó sea el patio. Subimos por una escalera compuesta de simples travesaños de tabla, que conducía á la mentada habitación, y estaba, al parecer hecha ex profeso, para ésta. El último peldaño formábalo el dintel de la puerta.

La habitación era oblonga y espaciosa. Las paredes estaban pintadas de un color ceniciento, el techo era de cielo raso blanqueado con cal azulada y el pavimento solado con baldosas.

Desde luego observé una distribución y policía exquisitas. A la izquierda estaba rota su simetría por una alcoba, cuyo contenido velaba una cortina de muselina verdosa sin embraces ó planchuelas. Hacia el centro del mismo lado, lo mismo que en el opuesto, una ventana; la que daba vistas al jardín, y por la que Celi se asomaba al acostarse. Más allá, una cama de hierro ajustada al ángulo de la habitación.

Frente á la puerta, había una cómoda de caoba con dos columnas de estilo salomónico, que tenía por cimera un ancho mosaico de ágata, ópalo y pórfido. Sobre esta obra taraceada con belleza y artificio, destacábanse una imagen de talla de la Virgen; delante de ésta, un breve secreter de metal exornado de pequeñas figuras decorativas, y á los lados de la estatuilla, un pebetero de bronce y un búcaro semi-cornucopia, vacíos.

Reflejábanse dichos objetos en un espejo marcado de roble, colgado un poquito

más alto é inclinado, sencillo tocador de Celi, altar en que en los tiempos presentes se contemplan á sí mismas las señoras que tanto demuestran su amor al lujo, haciendo privada ostentación de cuanto pueda excitar la vanidad de los sentidos.

A la derecha del espejo, y pendiente de una marquesina de madera pintada de blanco y azul, una pequeña lámpara de porcelana, apagada, y en el ángulo inmediato, un armario normando de puertas reforzadas con fuertes herrajes y cerradas con bandas de hierro forjado.

En el centro, una maceta con plantas de artificio sobre una pequeña mesa de nogal redonda, y delante de ésta un sillón de vaqueta de Córdoba con clavos dorados.

El menaje de la habitación, que además de los muebles dichos lo componían otros que entonces no pude precisar, estaba colocado con uniformidad y orden tales, que me movieron á adular á Celi que nos había seguido hasta el aposento.

Nada más á propósito. Se dividía el paralelógramo en dos partes desiguales y habíamos acertado en el quid de la dificultad. El gravamen de la operación corría de mi

cuenta y riesgo, y en el próximo día todo quedaría arreglado.

Convenidos en el asunto, fuíme á casa de un carpintero, de quien era cliente el amo de la hospedería, que afortunadamente se hallaba en casa. Le expuse todo lo concerniente al caso y él me complugo sin dilatorias, relegando para días posteriores el trabajo que tenía proyectado para el siguiente inmediato.

Hecho lo cual, cené y me acosté.

XXVII

Desde éste momento ya no conocí la tranquilidad.

Mañana dormiré en casa de Celi; tal fué mi pesadilla durante toda la noche.

Tan pronto como abandoné mi lecho, me presenté en casa de Celi, en el momento en que el carpintero medía las distancias requeridas para cumplimentar mis órdenes y seccionar la habitación.

Cuando al medio día volví de clase, ya estaba hecho el esqueleto del tabique que había de cubrirse con listones ó fajas de madera. Este venía á terminar en medio

de la puerta, cuyas ambas hojas podrían abrirse con poco trabajo, independientemente la una de la otra.

Durante la tarde, mientras el maestro y un oficial trabajaban y D. Antonio y yo mirábamos la obra, Celi, radiante de mal comprimida alegría, se ocupó en transportar muebles de una habitación á otra, arreglar su cuarto y el que habilitaban para mí, poniendo en este los mejores muebles que poseían; una mesa antigua de nogal, herencia de familia; la cama de hierro; varias sillas y algún otro requilorio.

Como aquella misma tarde quedaría terminado el artefacto del canceló tabique, me despedí del *Sr. Grabiél*, previa entrega de unas pesetas que me alcanzaba según había balanceado, mandando pasar mis bártulos á la nueva vivienda que había de ocupar aquella misma noche.

XXVIII

Anochecido y terminada la obra de carpintería, advirtió Celi que la cena estaba ya dispuesta, y bajamos á la cocina que era también comedor.

Esta, cuya era la puerta del pasillo, tenía forma cuadrangular. El hogar y el ábaco de la chimenea estaban lateralmente cancelados y con bancos de madera empujados en la pared y cubiertos de pieles de carnero. Velada parcialmente por el cancel de la derecha, estaba entabletada la batería de cocina, lo mismo que el ajuar del comedor. Varias sillas comunes y dos mesas de figura y tamaño diferentes componían el mobiliario de la estancia. Una ventana grande, rasgada, dejaba ver el jardín.

Sentados á la mesa cubierta de blanco mantel, marcado con las iniciales de D. Antonio, Celi, jadeante, servía á intervalos, con el esmero que el *servicio de la vianda* ⁽¹⁾ en la regias mesas de los monarcas españoles de la dinastía austriaca, primeramente un plato de verdura, la ensalada con singular aderezo, luego carne y patata perfectamente perjeñadas, varios tajos de cecina tostada á discreción, y mantecados de Astorga. Esto sin contar varios aperitivos más ó menos buenos. Imagina-

(1) Con este nombre se designaba el acto de servir la comida á los reyes de la casa de Austria, en el complicado ceremonial de las etiquetas de nuestros monarcas. (*N. del P.*)

ba ver allí reunidos en fraternal consorcio la elegancia griega, la abundancia gálica y el aire festivo de la Italia.

La cena había tenido mucho de exquisita y delicada, y en toda regla se habían observado los estrictos cánonos del arte culinario.

¡Qué actividad! ¡Qué dulzura!

Después de haber pasado un buen rato de sobremesa de igual modo que pudo ser tenido por de tertulia, durante el cual Celi fregaba á la par que alternaba en el debate con nosotros, nos retiramos al aposento respectivo.

XXIX

Así que me hice cargo de mi compartimiento, como quiera que lo nuevo despertaba curiosidad las más de las veces, pasé revista al mobiliario con la minuciosidad del que inventaría, requisa domiciliaria que me hizo notar algunas particularidades desapercibidas en aquella tarde.

Próximo á la ventana había un velador y sobre él, extendidos, varios números del *Diario de Zaragoza*, todo á guisa de escritorio.

Observé también, que en la pared testera, según era la entrada á la habitación, había una faja ó zona irregular y estrecha que se extendía de arriba abajo, no tan denegrada como lo demás. Las curvilíneas y rectas geométricas del perímetro divisorio de lo claro y de lo obscuro, bien por la simetría en una parte bien por la disimetría en otra, deberían tal vez su formación, á la proximidad, durante un lapso de tiempo más ó menos largo, de alguna columna á la susodicha pared. Veíanse las líneas de la cornisa, del friso quizá adornado con hojas de acanto ó de la metopa, tríglifos y arquitrabe; del capitel y del fuste cuya huella ostentaba las señales de una caríatide; de la basa, del pedestal y del zócalo. Datos elocuentes de que aquella habitación había pertenecido á alguna persona de elevada alcurnia.

Llamó de igual modo mi atención, el primoroso y peregrino calado de una silla de caoba, sus bajo-relieves, y en su cúspide, un óvalo con escudo casi quebrantado dividido en cuarteles, uno de los cuales ostentaba cuatro barras rojas al estilo de la heráldica de Aragón y Cataluña; otro estaba formado por un castillo, el tercero

por un león rampante en campo de gules y casi todo el otro, con la parte terminal, constituíalo una astilla desprendida. Por bajo del escudo veíase un murciélago, *lo rat penat* como Celi llamaba en el lenguaje de su país. Este escudo, heraldo y ejecutoria de su nobiliaria prosapia, oblicuamente cruzado por la barra de la bastardía, debió de tener su nacimiento en alguna expedición ó conquista de nuestros monarcas aragoneses en la Edad Media.

Examinado todo esto y otras cosas de escasa ó más bien nula importancia, procedí al montaje de mi laboratorio, ó sea, poner sobre el velador mi servicio de escribir, pluma de ave, tintero de barro barnizado y los libros que á la sazón necesitaba para mi estudio, y me acosté entre sábanas blancas y almidonadas.

XXX

Aquella noche fué de continua intranquilidad como suelen ser todas aquellas en que se introduce alguna innovación ó mudanza, de suerte que no pude poner en

práctica los preceptos de la escuela de Salerno.⁽¹⁾ No me atrevía á respirar ni toser libremente á fin de no molestar á mis convecinos. La vigilia se apoderó de mí y el insomnio me invadió durante la mayor parte de la noche.

Y de esta suerte pasé otras varias hasta que fuí acostumbrándome al nuevo domicilio.

Antes de acostarme, solía pasar una hora ó más lucubrando en las asignaturas sobre mi mesa de estudio puesta junto al tabique de madera, ó en la cama, de lectura hasta que el sueño tentaba. A veces, ¡cuantas! entrada la noche, oía vagamente un ruido monótono y sucesivo é incesante parecido al de la respiración. Tuve deseo de saberlo y más de una vez, aproximándome al tabique cuanto podía, quedábame dormido sobre el libro, en la contemplación de aquel fenómeno y con los varios

(1) Sex horas dormire sat est juvenique senique,
Vix septem pigro; nulli concedimus octo.

Salerno, ciudad de Italia, al sur de Nápoles, célebre en la Edad Media por su escuela de Medicina, fundada por monjes benedictinos. En el siglo XII ó en el XI según otros se compiló el herbario de esta escuela, y bajo la dirección de Juan de Milán se escribieron en versos leoninos, preceptos higiénicos que se adoptaron como cánones y que todavía conservan su interés.—(Nota del P.)

pensamientos que de continuo asaltaban mi mente. Era Celi que postrada en tierra ante la veneranda imagen de los Desamparados, oraba y dirigía á la Madre del Divino Mesías, férvidas plegarias y endechas místicas, oblacones y jaculatorias, fervorines y actos votivos cuyo incienso ascendería hasta las gradas del excelso trono.

Tal vez fuese, como yo, víctima del mismo placer, del mismo pensamiento, de la misma opresión, de la misma pena. Tal vez tuviese conmigo comunión y mútua correlación de ideas. Con frecuencia me decía que pedía mucho por mí, por mi salud que ella veía quebrantarse continuamente y por la consunción lenta y paulatina, pero visible, que en mí se operaba, víctima de algún deseo, de alguna pasión que me atormentaba horriblemente, sin contar con que á ella también se veía perder á cada segundo y en plena florescencia de vida naufragar sus antiguas energías, imprimiéndose en su semblante la entenez de su espíritu.

XXXI

En la mañana del siguiente día, todavía temprano, interin Celi sacaba á orear en la ventana la ropa de su cama y la de invierno llevar, me presenté de incógnito en su compartimiento disculpando mi travesura.

De aquella habitación que de por sí tenía un ambiente de castidad, hicimos pronto una mansión de delicias.

Sobre una manta palentina había prendas de vestir, de entre las que más me llamaron la atención, fueron varias que formaban un traje de nutria y armiño, que según me explicó en canto llano, sin esos preámbulos officiosos tan neciamente corteses, su mamá le había regalado el día de la patrona de su pueblo, un año antes de morir. Asimismo, había otro moderno que Celi se había confeccionado y cuyo cuello era de tela color vuela crema y verde mirto bordada, y el cuerpo, ligeramente blusado sobre el cinturón de terciopelo inglés drapeado, gris perla con mangas semilargas y terminadas en

bullones de seda violada con dibujo rameado. La falda, de varios paños con pliegues de lencería, y los delanteros, entreabiertos sobre un fruncido de raso blanco. Todo él guarnecido con motivos de pasamanería y botones de nácar labrado.

Y mientras me explicaba las particularidades del vestido, iba sucesivamente uniendo sus componentes hasta formar la resultante, el todo, la figura parecida á un maniquí.

Demás desto, había vestimenta anticuada y caída en desuso que Celi guardaba como timbre que abonara su ascendencia de abuelos ó antepasados.

Y emprendimos una conversación larga y cerrada, durante la cual y sin darme cuenta, fuí rompiendo unos papeles que llegaron á mis manos y haciéndolos diminutos como átomos.

XXXII

El nuevo sistema de vida me resultaba mucho, y como ya se iba estacionando entre los dos gran solidaridad, aquellas plácidas

tardes primaverales las pasábamos siempre juntos, sentados en el rollo entretrejido de anea y en el sillón de mimbres del jardín, alegres y contentos, yo sin avergonzarme de mi estolidez y Celi al escuchar mis tonterías y galanteos, riéndose de todo corazón, no con la sonrisa despótica de la mujer que fía el éxito de su deseo en la omnipotencia de su belleza, sino con la sonrisa más inocente y candorosa que jamás brotó de labios humanos. Pero insensiblemente nos fuimos volviendo formalotes y serios, y pretextando excesivo calor las sustituímos por la habitación de Celi.

D. Antonio continuaba despacio su tarea en el huerto, como la estación agrícola demandaba.

Todas las tardes venían á buscarme los que en otro tiempo fueron mis óptimos amigos de Universidad y que ahora calificaba de narcisos y niños góticos (tal se vé por el prisma del erotismo), los más áticos representantes de lo cursi social, y á quienes, velis nolis, tenía que acompañar. Y como todos los días, tan pronto como tomábamos el café, empeñaba la venera por alejarme de aquellos lechuguinos, doctores.

en agraz, pedantes que sólo hablaban de asuntos arcáicos y cáusticos por demás, resolvimos, de común acuerdo y de propia minerva, haciéndose insociable la sociedad, disgregar la coalición aquella.

En cuanto era posible, volvíame á casa donde encontraba á Celi bordando en su bastidor alguna camisa, su labor primordial. Como tenía abierta la puerta de su habitación (congruencia de que yo sacaba provecho), procuraba entrar muy quedo, cual ánima en pena que resbala callada por la tierra, á fin de que no me oyese; cosa que lograba el noventa por ciento de las veces, porque contaba con la ayuda del ruido acompasado que producían la aguja y la seda al pasar á través de la tela tirante de los banzos del bastidor.

Mis goces é irresistibles propensiones eran llegar junto á Celi é impacientarla. Rozábale ligeramente la hoyeta con un papelito sutil y flexible, y ella, una y otra vez se llevaba allí la mano interrumpiendo su labor. Yo me ocultaba tras de sí y de la silla en que estaba sentada, hasta que parecía inquietarse por creerse objeto de mi distracción; pero era tan buena que apenas si conseguí verla con el ceño frun-

cido. Regocijábame aquella delectación sacrílega; y después de enojarla y echarle á perder la mitad de sus encantos, me daba las quejas riéndose y terminaba la reconvención mirándonos con insistencia, como si cada uno sobrase fuera del otro, como si fuese el único instante de placer en nuestra vida.

Y siempre resultaba que al poco rato, nos encontrábamos insensiblemente el uno del otro más cerca de lo que al principio nos habíamos puesto. La distancia se acertaba y el día nos robaba furtivamente sus instantes. ¡Cuántas veces se nos pasaba la tarde como si fuese el breve momento de un segundo! ¡Qué coloquio tan mudo y expresivo! La lengua se confiesa incapaz de manifestar lo que á veces sentimos y calla. Entonces, hablan los ojos con el vocabulario amoroso tan rico en expresión como exuberante de pensamientos, y el corazón deja oír sus vehementes latidos que trascienden al ser que anhela para hacerle copartícipe en su pasión, de su goce y de su misma vida.

Con frecuencia me constituía en discípulo de Celi, y orgulloso, me sentaba junto á ella para poder oír su explicación y

recibir sus inmediatas intrucciones. Celi bordaba y yo miraba con tanto anhelo, que embebido en el trabajo, y nuestra vista convergiendo en el mismo punto, estábamos tan próximos que el calor de nuestras mejillas y á veces el contacto de las mismas (¡qué cutis tan fino!) anunciaban su presencia. Y advertidos por tal sensación alzábamos la cabeza, y como riéndonos por la distracción pasada, revertíamos á continuar nuestra tarea para tornar de nuevo á la misma situación.

Otras veces me aproximaba directamente á ver su primorosa obra de arte que yo magnificaba, labor de *primo cartello* como suele decirse en el pritáneo de las letras modernas, y ella la cubría con sus manitas para que yo no la viese, no por el vanidoso prurito, para Celi desconocido, de hacerse interesante, sino por no recibir mis alabanzas tan reñidas con su modestia.

La expresión de sus dulces y patéticos ojos, lo tónico y la elocuencia de su tierna mirada, su hermosura delicada y casi infantil, eran el amuleto irresistible, el talismán en pos del cual me dirigía. No tenía libertad de acción ante aquel ser intangible, objeto permanente de mi más

fervorosa admiración, á quien pronto consagré toda mi vida. ¡Hay pocas cosas en la tierra que tengan mayor dosis de felicidad.

Al encontrarse nuestros ojos cruzábanse por ellos nuestras almas y se refundían en una sola. Oíala sin hablar, por esa viva intuición de los enamorados con que adivinan lo que no saben.

XXXIII.

Alí era mi asiduo compañero casi todo el día, y de no estar yo en casa dormía junto á Celi. Sucedió una tarde, que, cuando volví como de costumbre después de orientarme de mis amigos, encontré á Celi bordando; y para distraerla de su trabajo le azucé el perro. Alí me hizo caso y la persiguió por toda la habitación que Celi recorría meticulosamente cual gacela asustada, esquivando sus faldas y sus carnes del infiel guardián de la casa: mas este la mordió el índice de la mano derecha y le hizo una pequeña lesión. Celi y yo quedamos suspensos creyendo grave el daño causado. y Alí, reconociendo su

temeridad, contrito de su travesura, se escondió bajo una silla.

Émulo de Hipócrates cuando apenas me había sido dado traspasar el vestíbulo de este científico edificio, impregné en mi pañuelo la sangre que brotaba de la herida, la curé con los remedios terapéuticos de la farmacopea, agua y vinagre, y le puse después un vendaje. Era la primera vez que ejercía mi profesión. No se por qué, pero es lo cierto que casi no tuve ánimo para curarla.

Quise castigar á Alí por su profanación y escapó.

Me senté junto á Celi para distraerla de su dolor y me reprendió cariñosamente, corrección que yo escuchaba con sin par benevolencia. Humillado ante el imperio de la razón le pedí perdón, y ella me remitió en gracia á mi compunción. La pena y el reato quedaban completamente extinguidos y borrados. ¡Ojalá me reprendiese como entonces muchas veces! Pluguiera al cielo me perdonase, como entonces, otras más! No se qué preferiría, si su reprobación ó su perdón.

XXXIV

Extasiado en la contemplación de su semblante verdaderamente encantador, corrían por mis venas superabundantes rieles de amor. Pura como el lirio, modesta cual la violeta, bañada de luz y poesía, vaporosa, palpitante de emoción en la profundidad de sus deliquios, hermosa como los ángeles que rodean al Altísimo, ejercía sobre mí una especie de fascinación mágica irreductible á medida.

Era bella más que hermosa, porque tenía pudor; rica preseña, broquel indispensable á la belleza y el mejor garante de la mujer. Una virgen linda como un ensueño de amor, una concepción ideal, con el cielo en sus ojos y luciendo en sus mejillas turgente rosicler. La belleza espiritual de su angelical semblante, era trasunto de una alma seráfica que exala el perfume de sus virtudes; substancias incorpóreas creadas en la oficina de los espíritus. Su alma oprimida, era impecable como la de los bienaventurados, según el sentir de los teólogos ó exégetas, y exenta, por privi-

legio, de los apetitos concupiscible é irascible de la criatura racional, y estaba igualmente dotada de una naturaleza tan perfecta como la de los ángeles que exigía inmortalidad ¡Qué poesía tan hermosa!

Aquella hipóstasis, alma divina contaminada en un cuerpo humano, era la semidiosa glorificada desde el fondo de mi corazón, sobre un pedestal de ágata ó de malaquita.

XXXV

Sobre nosotros colgado del techo ó en la ventana entre macetas, había un canario enjaulado que, en cuanto empezaba á hablar, no se oía otra voz que la suya.

Y parece que lo hacía á propósito. Alardeaba inoportunamente de su canto, en el crítico momento en que yo entraba en la habitación.

Escuso decir que con tanto gracejo y alboroto no nos dejaba hablar, motivo para que nos fuese fastidioso y antipático en extremo. Esto aparte, alguien podía llegar impunemente á la estancia é improvisarnos con su presencia. Así es que

apoyados en tan sólidos fundamentos, decidimos matarlo y decir que se había muerto. La dificultad estaba en el empleo del medio más adecuado á tan bárbara ejecución. Dudamos si valernos de cáusticos que repentinamente dispusiesen del animalito, ó de drogas morbíficas inmiscuidas en el corazón de vaca picado de que el ave incauta se alimentaba.

A todo esto llenábase Celi de compunción y miraba á la víctima con ojos de conmiseración.

Una genial idea nos sacó del aprieto. Se soltaba un alambre de la jaula por un extremo y se hacía creer á D. Antonio que el canario, al ver este medio de escape, perdió la mansedumbre y se fugó.

Así lo hicimos. Libre el canario de trabas, reholoteaba próximo á la ventana, como queriendo volver á la prisión. Aun alargó Celi su mano con intención de alcanzarlo, más se alejó y lo perdió de vista.

Por la noche, contamos con la mayor naturalidad al padre de Celi, la sustantividad del hecho y la ingratitud del canario.

XXXVI

Los días pasaban para nosotros desapercibidos, cual si fueran breve ráfaga que muestra su faz solamente para dejar la huella de su paso. Los rosales estaban en plena florescencia; y al pie de la tierna yedra y otras hierbas parietales, que alternaban con aquellas dibujando un friso irregular en la pared del edificio, criábanse hermosas y lozanas la yerba-buena y el tibo, el mundillo y el alelí, la margarita y el resedá, el jeranio, la anémona y el dondiego, la amigálida y el jazmín, el amaranto, la escabiosa y multitud de flores silvestres y delicadas, cuidadas con insólita solicitud. Aquel huerto, era la miniatura acabada de los parterres de Córdoba, de los cármenes de Valencia, del vergel de Andalucía. Todo era demostración elocuente de la proximidad del fin de curso. ¡Cuan pronto terminarían aquellos deleitosos ratos! Pero yo, desde mi pueblo, miraré al sol, porque el sol preside todos los actos del día, y á la luna y las estrellas

porque ellas son las encubridoras nocturnas y porque en ellas se unirán nuestros pensamientos.

XXXVII

Sus párpados languidecientes y la palidez mate de sus labios, daban á la dulce sonrisa de Celi un aspecto de singular melancolía; pero las noches pasadas en vela al influjo de sus más férvidos anhelos, que absorbían toda su existencia, tornáronla metafísica marchitando su hermosura, y alteraron notablemente su naturaleza haciéndola experimentar, á fuer de tal enervación, una metamorfosis tan completa, que comenzó á sufrir intervalos de marasmo y debilidad.

Como su padre observara todo esto y el que Celi guardaba conmigo mucha consideración, quizá más que la debida, espío. Cuidaba de su hija más que de las niñas de sus ojos.

Una tarde me puse á trabajar, aprovechando la coyuntura de que Celi no bordaba sino que cosía en blanco, y resultó lo que siempre; la proximidad. Sobre su

falda un libro abierto, que yo me olvidaba pronto de estudiar, y sobre sus rodillas mis codos cuyas manos apoyaban mi cabeza. Empezaban aquellas horas de felicidad y dulzura, durante las que yo no aprendía otra cosa que á amar con más intensidad. En dulce coloquio pasábamos la tarde. ¡Cuántas veces en inmortal idilio, se confundían sus lágrimas y las mías, y así, unidas, caían sobre el libro abierto!

XXXVIII

Pero jamás nuestro gozo fué completo. En medio de nuestros deliquios venía á atormentar la memoria de Luis. Era el espectro de la prohibición; era la idea de la desgracia envidiosa del placer. ¡Cuanta influencia ejerce un temor fútil sobre una conciencia timorata! ¡Cuanto peso gravita sobre una pasión para impedir que ésta se levante! Atosiga y sofoca todo deseo, ahoga y atrofia todo movimiento y produce letal herida á la mente que la retiene. ¡Cuántas veces he maldecido de tí, fantasma horrendo, por tus maquinaciones ince-

santes y astutas, no para disuadir, sino con el fin de quitar á otro el dominio de sí mismo!

Amén de esto, Celi me había dicho que su padre vigilaba diariamente por la amistad no bien juzgada que ella me profesaba, y era necesario estar prevenido. Aun más. Me dijo que tres veces la había amonestado con terribles pragmáticas, y otras tantas, no pudiendo dominarse, le había sido perjura y conculcado sus reprensiones.

Una tarde, la puerta de la habitación se abrió con una violencia y celeridad inusitadas, ínterin que yo torcía y retorcía los dedos flexibles de Celi formando con ellos una trenza sobre el libro abierto en su falda. El estupor de nuestras facultades intelectuales, que fluyó eléctricamente á todas las actividades materiales de nuestro cuerpo, dominó nuestro ánimo dejándonos inertes, estáticos y petrificados.

La sorpresa era máxima. Habíamos sido sorprendidos en flagrante delito.

Ante la actitud arrogante y entera y varonil como nunca de D. Antonio, que se había presentado por ensalmo, el rostro de Celi recorrió sucesivamente todos los colores del arco iris, y simulando natu-

ralidad continuó su tarea. Yo ignoro qué pasó por mí en aquel instante. Sentí á la vez vergüenza y pavor, y veía caer sobre nosotros el aténema de la universal reprobación. Toda la sangre que circulaba por mis venas también se agolpó súbitamente á mi rostro.

No supimos darnos maña para trasmutar la decoración.

El libro cayó al suelo con estrépito y aumentó el ruido y la confusión.

En aquel momento, parecía que el cielo se venía encima, que la casa se desplomaba. Hubiera dado cuanto poseía por hallarme quince estadios bajo tierra. Abrumado y sin valor para levantar la cabeza, reo convicto de semejante transgresión, oyendo próxima la tempestad, rememoraba las *flípicas* que el griego Demóstenes lanzó al rey macedónico tras las protestas de Esparta; esperaba oír el abrupto *quousque tandem* que el cónsul Cicerón, según cuenta Salustio, invectivó al patricio y disoluto Catilina ante el senado romano en el templo de Júpiter.

D. Antonio, acercándose con paso lento, pausado y majestuoso, mandó á Celi que se retirara. Y Celi se retiró según le había

ordenado su padre, que era el único en casa que pudiera impartir una orden semejante, trémula, llena de confusión y zozobra.

XII

D. Antonio, constituyendo por sí sólo tribunal doméstico, se sentó frente á mí, en el sillón que Celi había abandonado; y después de una breve pausa, dijo con voz algo afectada y respiración febril y agitada violentamente al unísono de su corazón palpitante:

—Deploro tener que dirigirle en este sentido la palabra, hostigado por la escasa cautela que usted y Celi han observado. He reprendido á mi hija varias veces, he vigilado la ejecución de mis órdenes y no he conseguido efecto positivo. Tengo prejuicios quizá baldíos, con escaso fundamento; pero tratándose de jóvenes, la convivencia es muy peligrosa, y para quien sea pesimista, como yo lo soy, presta pábulo á lo capcioso y suspicaz. No ignorando usted la naturaleza social de la mujer, más frágil que un baso de cristal, á quien

tan sólo una palabra malsonante le hace perder la estimación y prestigio de los demás, la difama y pone en mengua y entredicho su honestidad, por más que ante Dios se halle exenta de toda mácula de impureza, incumbe á V. lo mismo que á mi hija y á mí, estirpar de raíz los gérmenes que comienzan á pulular y que pueden trascender y llevar á consecuencias ulteriores, difíciles de prever en la edad fogosa é inexperta de la virilidad. La flor más hermosa del campo deja de ser lozana tan pronto como se le aproxima la oruga. Precisa, pues, á todo trueque, poner coto á estas digresiones que más adelante pudieran traducirse en disgustos serios y prolongados.

A esta reconvención más bien que apóstrofe, siguió un profundo mutismo. Y como me viese en actitud equívoca é indecisa, añadió:

—Es necesario idear sin dilación un medio eficaz y conducente al objeto—y agregó recalcando lo dicho.—No hay otro remedio.

XL

Siguió de nuevo una afonía completa.

Estas últimas palabras, me habían hecho tanta impresión como las proféticas de Daniel en los oídos del babilónico rey Baltasar.

Mi mente comenzó á divagar. Bullía en mi interior una verdadera anarquía de ideas mutuamente adversativas, pero no veía ningún dilema por uno de cuyos extremos pudiera optar. Al incidir en el enojo de D. Antonio (porque no cabe duda que en él habíamos caído), la estrella de nuestro amor se había eclipsado; así es que la única solución era abandonar aquella casa, la compañía de Celi y los ratos tan deliciosos que junto á ella pasaba. Y en tal evento, ¿cual sería el resultado? Un caos insondable ofuscaba mi cabeza. Y ¿había de ser tan inexorable en sus determinaciones el padre de Celi? Debía tantear su ductilidad ¿Quien sabe si á cambio de interdicciones podía ver á Celi con frecuencia, verla solamente sentada á la mesa, cosa que no conseguiría ausentandome de su casa, sino que por el con-

trario me sería de gran tortura la distancia que nos separaba? Mas ¿como declinar el ánimo de D. Antonio? Y su bonísimo corazón, irreductible á la dureza é implacabilidad, ¿había de ser tan cruel para conmigo generoso y solícito por el bienestar de aquella familia, que me obligase á dejarlos durante los pocos día que restaban de curso? Pero ¡si éramos nosotros los causantes de nuestra propia ruina! Tal vez abjurase de sus ideas.

Ami imaginación acudieron todas estas cosas en tropel, y por más que todas militasen en mi favor, no me parecían razón suficiente para redargüir: de suerte que no había réplica.

Por otra parte, el padre de Celi me había considerado siempre hombre formal y tenía con él muchos méritos conquistados; circunstancias de gran entidad que D. Antonio no podía olvidar.

Haciendo un esfuerzo de valor sobrehumano, rompí el silencio mostrándome al principio premioso y reticente, apremiado por la voz dictatorial de D. Antonio que tampoco podía hablar con soltura y desembarazo á causa de la cohibición del acontecimiento.

Expúsele con un sinúmero de argumentos, las inconveniencias de tener que salir de su casa; mi deseo de continuar en la misma; la sujeción que yo me imponía como testimonio firme y seguro de mis palabras....., hasta que por fin accedió á mi petición no sin gran dificultad y previos un largo discurso y razonamiento. Sea como quiera, D. Antonio vino á confirmar la verdad del axioma filosófico, que el hombre obra al primer impetu según es ⁽¹⁾. Era muy impresionable por temperamento, pero pasado el primer y natural impulso, había de manifestarse tal cual era, condescendiente y acomodaticio á la voluntad de los demás.

Una condición se me impuso á la condonación; que desde entonces no había de pisar la habitación de Celi. También sobre ella recayó una prohibición idéntica, salvo en casos puramente necesarios, y asumió la empresa de propiciarse con su padre y hacer condignos méritos.

(1) Homo in primis operatur secundum est. (*Nota del P.*)

XLI

El quehacer del jardín había disminuído quedando reducido al riego, y la canícula del verano se aproximaba en tanto que Mayo daba á su fin.

D. Antonio sesteaba diariamente, y el resto de la tarde, que ya era larga, lo pasaba con Celi, bien en su habitación, bien paseando por el huerto ó sentado en la estación ordinaria hasta la hora del crepúsculo. A esto último solía yo acompañarle después de haber estudiado.

XLII

Este año terminó el curso antes que en los anteriores, en razón á que brevemente se romperían las hostilidades en la capital de Aragón, atendido el sesgo de los partidos beligerantes, como realmente sucedió. El 24 á primera hora, esto es, tan pronto como llegó á Zaragoza la *Gaceta* de Bayona participando la violenta renuncia de

nuestros reyes á favor de Napoleón, se alborotó el pueblo, invadió la Administración de Correos ⁽¹⁾, y á las nueve de la mañana se dirigió en tropel al palacio del capitán general Guillelmi ⁽²⁾, á quien, después de conducirle preso al castillo de la Aljafería, la muchedumbre le obligó á presentar la dimisión de su cargo aunque muy á su pesar, y una vez dueña de los pertrechos de guerra allí encerrados, unos se armaron, otros montaban piezas de artillería y todos en un momento quedaron hechos militares.

Se aclamó protector, capitán general y gobernador del Reino de Aragón á D. José R. Palafox, se le fué á buscar á la torre de Alfranca, debajo de Pastriz, y el 26, día de la Ascensión del Señor, fué presentado á la Real Audiencia. El pueblo esperaba agrupado con verdadera ansia, en la plaza de La Seo y puertas de la Audiencia, ⁽³⁾ la aprobación de su elección, cuando un magistrado sale al balcón de «La Puente», ⁽⁴⁾

(1) Calle de 4 de Agosto. (*Nota del P.*)

(2) Hoy Palacio de Justicia. (*Nota del P.*)

(3) Casa Consistorial.—(*N. del P.*)

(4) El Seminario General Pontificio ocupa el solar de la antigua Diputación del Reino y el de la casa histórica de la Puente, "donde tomaban sus acuerdos las autoridades y

y colocándose bajo el pendón de la ciudad, toca la campana y lee en alta voz el Real Acuerdo por el que se ratifica el nombramiento de capitán general. Desde este momento, todo ciudadano adopta por divisa nacional una escarapela encarnada, y queda constituido un ejército permanente; el pueblo loco de contento, dispuesto á derramar su sangre por su religión, por su patria y por su rey.

XLIII

El próximo jueves (2 de Junio), recibí de mis catedráticos las certificaciones de asistencia selladas con el escudo de armas, y fué una cosa obventicia y casual (si bien no existe la casualidad porque todo cuanto acontece tiene su causa mediata ó inmediata), que en este mismo día recibiera carta de mi padre y adjunta á ella una buena cantidad de dinero, por mediación

se congregaban los magnates y ciudadanos, enarbolando en días de agitación ú ocasiones de guerra el pendón de la ciudad; entonces se tocaba una campana que había fija y pendiente del rafe del tejado, la cual se conserva todavía en la torre del Pilar.—(N. del P.)

dcoel chero de Huesca, antiguo conocido de mi familia.

La noche del domingo tuvo lugar en casa de Celi el *gaudeamus* ó *cachazparí* ⁽¹⁾ como hoy está en boga decir, después del cual nos hicimos mutuamente grandes protestas de afecto y de feliz memoria, permitiéndome D. Antonio, el anfitrión de la casa, volver á su compañía durante el futuro curso, último de mi carrera, en prenda de lo cual dejábales mi voluntad.

Un ataque fuerte al hígado me obligó á guardar cama todo el lunes, y no me atreví á ponerme en viaje durante unos días.

XLIV

A media noche del 13 se oyó la campana de la Torre Nueva tocar generala: recibíase en Zaragoza la noticia de que el Marqués de Lazán había sido derrotado primeramente en Mallén y después en Gallur por los veteranos franceses. Sabedor el pueblo de lo ocurrido, se reúne en

(1) Convite nocturno que se ofrece para solemnizar la despedida á la persona que vá á emprender un viaje. (*N. del P.*)

el Campo Sepulcro, elige sus jefes; se distribuye en compañías, y á una señal de su caudillo marcha al encuentro del enemigo, siendo arrollado y disperso en Alagón (14) y tiene que retirarse á Zaragoza.

Aumentó el dolor pero no decayó el entusiasmo.

Al amanecer del miércoles (15) hubo otra nueva insurrección. Palafox á su cabeza y enarbolando una bandera con la Virgen del Pilar, reúne sus tropas dispersas y las engruesa con nuevos elementos. Todo se halla presto para un nuevo combate. A la una y media vuelven de la Casa Blanca algunos voluntarios que por la mañana habían salido para ver la llegada del enemigo, y á las dos, el vigía situado en la Torre Nueva, anunciaba por un toque de campana la salida de una bomba por la parte de Torrero. La división francesa mandada por el general Lefevre se presentó delante de la ciudad, y el cuerpo principal tentó el asalto por las puertas de Santa Engracia, del Carmen y del Portillo. Una partida enemiga que tuvo la temeridad de penetrar fué completamente exterminada.

La pelea duró toda la tarde con igual

denuedo que al principio. A las ocho, el general francés se retiró avergonzado de su debilidad, y dejando el campo sembrado de cadáveres.

Aquella noche se llevaron en triunfo por la ciudad seis banderas cogida al enemigo, y todo el pueblo celebró con grandes muestras de entusiasmo el éxito de aquella gloriosa jornada, día de lustre y esplendor para la invicta Zaragoza.

XLV

Como el ejército sitiador iba dejando expedito el camino del Puente de Gállego, se fijó el 25 para la salida del correo de Huesca, y en estos días me preparé del *pase* conveniente firmado por el General, pues que por exhorto de 31 de Mayo, se obligaba á todos varones de 16 á 40 años, sin excepción de clases, á tomar las armas en defensa de Zaragoza, y me hubiera sido difícil salir porque la guardia en cada una de las puertas de la ciudad, confiada á personas celosas y llenas de entusiasmo, registraba con verdadera escrupulosidad.

XLVI

Gran parte de la noche anterior á mi partida la pasé escribiendo á Celi y arreglando mi equipaje; así es que cuando al primer albor de la mañana, llamó con los artejos de sus dedos en la puerta de mi habitación, yacía en profundo sueño.

Me levanté y me dispuse para el viaje. Celi estaba en la cocina preparando el desayuno y la fiambre ó viático. ¡Pobre Celi! Tenía irritados las párpados, y sus ojos, próximos á licuarse en llanto, inyectados de sangre. El cutis de sus mejillas encendidas estaba húmedo, y éstas, ardo-rosas, parece que despedían fuego.

Nuestro corazón latía con violencia y su pecho se movía con una agitación febril. Sus manos...

¡Qué grato me era descansar en el regazo purísimo de Celi, sobre su pecho anhelante, abrazado á su cuello...!

El Discípulo Amado tuvo la gracia de experimentar un gozo indecible al descansar sobre el pecho de nuestro adorable Redentor, de aquel ser sobrenatural

que, aun á la ferviente Magdalena que se hallaba inflamada de amor divino, en medio de su entusiasmo, de su éxtasis y arrobamientos deíficos ante la presencia sacrosanta del Salvador, dijo á la penitente con inefable majestad: *Noli me tángere.*

XLVII

Un ruido que se oyó en la habitación nos dió á entender que D. Antonio se había levantado. Celi se precipitó á servirme el desayuno á fin de que su padre no le sorprendiera inactiva, y al ponerlo sobre la mesa comenzó á llorar de nuevo.

D. Antonio bajaba de su habitación.

En aquel mismo momento un mozo de cordel se presentó para llevar el equipaje al paradero de la diligencia y advirtió que era hora de partir.

Ya todo dispuesto, entregué á Celi una carta cuyo sobre contenía además siete duros, ó sea todo cuanto poseía, excepto la cantidad indispensable para el viaje que yo me guardaba como si la hubiera sustraído. Con dicha suma podría subve-

nir por algún tiempo á las necesidades más perentorias de su padre, gastada la cual yo les proporcionaría otra mayor.

XLVIII

Celi y su padre salieron á acompañarme hasta la puerta de casa.

Alí también salió delante de nosotros.

D. Antonio, ya en la calle, me alargó su mano y Celi, de pie en el dintel de la puerta, lloraba sin gemir.

No sabía como despedirme. —Adiós, Alí, —fué lo único que pude decir, y me marché con la cabeza baja después de hacer al perro una caricia.

Aquel adiós fraudulento y de contrabando debió refluir en el corazón de Celi.

—Mira, Alí. Que se vá—decía al perro D. Antonio. Y Alí iba y venía como titubeando á cuyo favor inclinarse.

Desde el final de la calle me despedí por última vez. D. Antonio y Celi me contestaron haciendo ademán con sus manos.

Doblé la esquina y me dirigí precipitadamente al *Parador*, adonde llegué en el

preciso momento de partir. La diligencia iba llena de viajeros, principalmente de mujeres y niños. A la voz del cursor, el cochero dió unos chasquidos con la tralla y el coche comenzó á caminar.

XLIX

Poco después sólo veíamos las torres de la ciudad y nubes macizas de humo que se esfumaba en lontananza. Mi pensamiento seguía una dirección contraria al vehículo.

El chasquido seco de la tralla, los gritos del automedonte y el fuerte campanileo de los caballos ensordecía y no dejaba oírnos el uno al otro dentro del coche.

Durante toda la vectación ocupó mi mente el recuerdo de Celi, la memoria de aquellos ojos azules en que yo me miraba, aquellos labios.....

L

Cuando el correo entraba en Huesca, mi padre, sin saber que yo iba, me estaba esperando á la entrada de la ciudad, y al verme, siguió al coche hasta la *Casa de posta*.

Por el camino hasta su domicilio, le comuniqué el resultado del curso (de lo que se dió por muy satisfecho), y de los acontecimientos habidos desde las vacaciones de Navidad.

Mi primer ocupación, una vez en casa, fué escribir á Celi; pues á pesar de que el 26 era domingo y en tales días no había correo, se decía que al medio día entraría en Zaragoza, y era necesario aprovechar estas ocasiones, tan raras con motivo de la guerra.

Noticiosos de mi llegada mis amigos oscenses, vinieron á verme aquella misma noche y fueron obsequiados por mi padre, que no podía ocultar la alegría que le embargaba, con vino añejo y generoso.

(1) Carísima Celi: Al separarme de este pueblo de tan grata memoria, lleno de recuerdos inolvidables, no he podido menos de coger la pluma para dar mi adiós de despedida, al que es objeto de mis amores; á tí, Celi querida, con toda la efusión de mi alma.

El espectro de la partida desgarró mi delicado corazón. Mañana partiré, me separaré de tí, no sé si para siempre. Creo que no. Plegue á Dios que así no sea. Una sola cosa te pido que has de cumplir; que te acuerdes de mí alguna vez, y me escribas con frecuencia como prueba de tu amor entrañable. Te lo agradeceré con toda mi alma, y sé que lo harás de buen grado.

Yo siempre te guardaré en el santuario de mi corazón, y mi voluntad será el constante sacerdote que te ofrezca el incienso de mis pensamientos, adorando tu imágen veneranda. No dejaré noche alguna de mirar hacia la parte del horizonte en que tu respiras, ese trozo del azul firmamento que ves todas las noches desde la ventana de tu cuarto. Conozco las estrellas y su posición distanciada de la luna. En ellas tendré fijos mi mirada y mis pensamientos. Les hablaré como si fuesen medio transmisor de mis sufrimientos por tu ausencia, y las miraré cual si fuesen los tiernos ojos de mi amada. Bendeciré mil veces la Providencia que hizo que te

(1) Hago un paréntesis en esta parte de la obra, por creer que en este lugar deben insertarse las seis cartas siguientes que vagaban fuera de las MEMORIAS, pero que siempre han acompañado al manuscrito.—(N. del P.)

conociese, y porque hará que volvamos á unirnos para siempre.

Escribeme; te lo suplico, como el mendigo pide una migaja de pan para saciar su hambre.

Cuando mañana leas estas líneas ya me hallaré ausente de tí. Ni quisiera pensarlo, pero el momento de partir está próximo é inminente.

No puedo más, querida Celi. Siento una grave pena en mi corazón, que me impide continuar. Confía en que á la primavera volveremos á vernos. Pide todos los días á la Vírgen de tu cuarto, que sea nuestra ayuda.

Perdona mi mal trazada carta. La he escrito, y como un niño he estado llorando. Mis lágrimas, inevitables, han caído sobre la letra y casi la han hecho ilegible, y mis labios, amada Celi, han sellado muchas veces tu hermoso nombre.—*Zaragoza 24 de Junio de 1808.*

ERNESTO.

Huesca 2 de Julio

¡Con cuanto deseo, dilectísima Celi, estaba esperando tu carta! ¡Con cuanto deseo estaba esperando la primera palabra de mi adorada Celi, después de nuestra separación! Separación. ¡Qué palabra! Es igual que destierro; es el martirio de nuestro corazón; es la muerte prematura de nuestra alma, de nuestra alma común, de nuestro mútuo amor. ¿Por qué ha de haber penas que consuman nuestra vida? ¿Por qué ha de haber ausencia entre dos seres que tienen una misma información é idéntico impulso? ¿Por qué ha de haber un negro instante

de despedida y una prisión tan grande al corazón? El Dios de los sufrimientos es el Dios de las recompensas.

El corazón del hombre sería impotente á tales penas, si no fuese guiado por la mano invisible de la esperanza en una vida de ulteriores satisfacciones.

Cuando considero los incesantes y contínuos infortunios que empecen de consuno la vida de nuestro mútuo y sincero cariño; cuando considero las duras penas con que la siniestra suerte castiga ácremente la manifestación de nuestros castos amores; cuando veo á lo lejos y en perspectiva una larga ausencia de cuatro meses, que suponen un largo camino sembrado de espinas sobre las que tenemos que posar nuestros piés, la ira llena en grandes dosis mi corazón, y entónces, maldigo de veras mi cohibida existencia.

La tarde precedente al día en que salí de ahí, fué uno de los peores que recuerdo de toda mi vida. No sé qué fuerza oculta había en mi interior, que me impedía marchar. Tuve que combatir contra ella que allí me retenía. Suponiendo que ya no hablaría contigo, me despedí muchas veces, muchas. ¡Como marcharme quedándote sola! Daba vueltas por tu habitación, te decía «adios» al oído, pero no podía retirarme. Luchaba por lanzar el pensamiento que me dominaba, y me era imposible. Las saetas del reloj iban más de prisa que nunca jamás fueron.

Tu vista y la mía se encontraron, y el peso de

Las lágrimas cerraron nuestros párpados ¡Lloramos! ¡Qué lágrimas tan amargas! Haciéndome fuerte, lo observaste, contuve las que caían de mis ojos, y bebí las que resbalaban por tu rostro. El corazón que no llora, no es el de los valientes, es el de los excépticos, indiferentes é insensibles. El corazón que ama, recorre toda la tonalidad del sentimentalismo. Las lágrimas son la expresión de nuestro ánimo y ellas mitigan el dolor que nos tortura.

¡Qué pena y qué felicidad sentíamos! Entonces no había más mundo que nosotros; mi Celi y yo. ¡Oh! ¡Quién sintiera en este momento aquel tierno despedir! ¡Cuándo volverán aquellos instantes que poco há pasaba junto á tu regazo, oyendo palpitar tu corazón! ¿No preferirías, amantísima Celi, aquellos ratos en que tanto te impacientaba y hacía padecer, á estos que ausentes ahora pasamos, y que sólo nos permiten atormentar nuestra alma y nuestro corazón, sin experimentar un ápice el bienestar que tenemos cuando, hallándonos solitos, hablamos tan de cerca para no perder palabra?

Tanto me ha regocijado tu carta, que me ha satisfecho hasta la clase y calidad del papel que has usado al escribirme, porque he observado que has roto los moldes de la señorita cursi é ignorante del siglo XVIII. Bueno será que te sirvas de papel grande para escribir cuanto se te antoje, poco ó mucho.

Delante de mí tengo tu retrato, el que me hace compañía todo el día. Él es quien recibe diariamente mi primer mirada y de quien últimamente me despido. Lo llevo en el bolsillo más próximo á mi corazón para que sienta aquél las impresiones de éste.

Lo analizo minuciosamente y voy pensando en lo que representa. Me entusiasmo con él muchas veces y con él hablo como contigo. El tocado me es simpático y querido no sé por qué; porque es tuyo tal vez. No hay pelo como el que representa tu retrato, porque me imagino ver y tocar el que está sobre tu cabeza; es algo que quiero y beso porque es tuyo, porque está ó lo supongo cerca de tu cara y de tu pecho.

Tu frente porque es así y no de otra manera; porque es como las demás, pero diferente; hay algo que no tienen las otras; no sé que; pero algo insustituible. Hay otras mucho más bonitas, incomparablemente bellas, pero les falta una cosa que tiene la tuya. Me gustan pero no las prefiero; hay iguales, pero no son la misma. Qué tiene no lo sé, pero la quiero y la adoro, porque tiene algo raro de que carecen las demás.

Tus ojos, vistos en el retrato, son grandes como los de una circasiana; apasionados, sin ser de igual color, como los de una africana: y azules como los de las sílfides de los ríos y las pléyades del mar. Son para mí, más hermosos que un océano de placer, y cómo soles morales que arrastran ciegamente mi voluntad por la armonía de su contorno. Son la poesía de tu ser; son la belleza de tu espíritu, revelado en la for-

ma plástica idealizada. En tus niñas, veo el hermoso día de mi esperanza y de mi felicidad.

Tu nariz perfecta y acabada, es de hechura singular, de simpática hermosura. Tus mejillas, ligeramente sonrosadas, plácidas cual la bonanza, son el acicate de mi amor. Tu boca, ilusión de mi fantasía, apenas se abre sino para derramar esencia y aroma. Tus labios, de fresco y rojo carmín, encierran unos dientes pequeñitos cual línea de perlas, blancos como el lampo de la nieve. De ella se exhala la voz argétea que oigo tan gustoso, particularmente cuando me dices que me amas mucho. Tu barba redonda y bien formada, guarda en medio un hoyito hechicero tan bello y gracioso, que al reírte contrasta con tu rostro placentero.

Sobre tus hombros, descansa ese cuello blanco de nácar que fuertemente rodeo y aprisiono con mis brazos, sujetando tu rostro á mi rostro y tu vida á la mía, si bien en tales éxtasis una sola vida anima un doble ser. Te aproximo á mí, nos unificamos y te beso. Perdona, delicia de tu Ernesto; es uno de los vituperios que hago con tu retrato. Mancillo únicamente la belleza de tu rostro, mancha que luego pago con la ira de tu enojo.

Bajo tu cuello alabastrino, el pecho palpitante y anheloso, cuyo subir y bajar, en rímico movimiento, percibo claramente á través del vestido que lo cubre, como si la fuerza peristáltica que lo impulsa y contrae forcejase por salir de su prisión.

Tu cintura, apenas delineada en el retrato,

es el atractivo sensitivo de mi pasión, casi siempre rodeada por la asechanza de mis brazos, jamás exenta de toda mortificación. También veo en él los tuyos, aquellos en que distrayéndome dejaba huellas de mis dedos, te pellizcaba para hacer revelar en tu rostro las contorsiones de tu espíritu.

El recuerdo de aquellas horas tan gratas que poco há pasaba junto á tí, de aquellas tardes fugaces que pasábamos en tu cuarto, me hacen más acerba la triste ausencia de mi bien amado. Si melancólico y abatido miro tu retrato, te encuentro también melancólica y abatida; y si cuando alegre, alegre también te veo. Hablo muchas veces con él; contigo misma; porque me parece que oyes, que vés, que entiendes, que hablas. Con tu retrato abrazo un ser querido, un ser quimérico, ¡El quijotismo!

No te envanezcas por lo dicho, porque todo en este mundo es caduco y perecedero; flor de un día que á la mañana nace hermosa y lozana, y por la tarde está ya mustia y marchita (1). Si hostiga tu vanidad, que sea para afianzar más nuestra amistad.

Omite y perdona las palabras algo atrevidas de tu

ERNESTO.

Hay dos líneas transversales que dicen:

He recibido, y te lo agradezco muchísimo, la hoja de menta que entrecosimos una tarde con un cabello de tu cabeza.

(1) "Flos qui fugit velut humbra, etc.", Job, Cap. XIV v. 2.º y sigs.—(N. del P.)

Zaragoza 7 de Agosto de 1808

Ernesto: Las circunstancias tan azarosas por las que atraviesa Zaragoza, me han impedido contestar antes, como yo deseaba, tu última carta. Han sido días verdaderamente calamitosos los próximos pasados. No sé cómo explicártelo y notificarte lo sucedido.

El 3 y el 4, vió la Ciudad cosas nunca vistas, oídas ni soñadas. Hasta el medio día del miércoles ⁽¹⁾ se trasladaron todos, que eran muchos, en número, los enfermos, heridos y dementes que había en el Hospital General de Nuestra Señora de Gracia ⁽²⁾, á la Lonja de la Ciudad, al edificio de la Real Audiencia y á varias casas particulares. La mayor parte del pueblo y no pocos soldados se ocuparon en esta operación.

Ni mi padre ni yo pudimos dormir aquella noche. Al amanecer, fuimos al Pilar que ya estaba atestado de gente, lleno tan grande como es, incluso el atrio. Allí no se oía otra cosa que ayes de dolor, imprecaciones contra el enemigo y vivas á la Virgen. Todo eran mujeres; las más esposas y madres. El Santo Pilar resignaba el alma de aquellas infelices, lacerada por tanto dolor.

Mi padre me acompañó hasta la calle de San Pedro, ⁽³⁾ en donde encontramos á Patro y á su

(1) 3 de Agosto.—(N. del P.)

(2) Fué incendiado en 4 de Agosto de 1809 y ocupaba lo que hoy el Hotel de Europa.—(N. del P.)

(3) Parte de la actual calle de Don Jaime I el Conquistador.—(N. del P.)

mamá D.^a Manuela, á quienes perfectamente conoces, en dirección de cuya casa íbamos. Al punto de dejarme en compañía de personas tan amables, se dirigió al convento de San Agustín, donde fabrican cartuchos las personas inhábiles é incapaces para el manejo de las armas.

Llegadas á su domicilio, desayunamos chocolate con pan turrado, y como el bombardeo tronaba sobre nuestras cabezas, nos bajamos al sótano que tiene la casa, donde comimos la vitualla que los soldados, sardinas y bollos de aceite, y en donde permanecemos hasta la tardecita hora en que mi padre nos trajo una gran sorpresa. Los enemigos habían destruído casi toda la calle de la Parra, alguna casa de las paralelas de Rufas y de la Imprenta ⁽¹⁾, edificios contiguos al Jardín Botánico, y algunos otros de la calle de San Miguel fronterizos á las calles mencionadas, entre ellos, ¡la desgracia siempre con nosotros!, nuestra casa, el último baluarte, el único resguardo que teníamos.

Desde dicho día, estamos albergados en casa de mi buena amiga Patrocinio. Su familia, hospitalaria y caritativa á conciencia, no solamente nos mantiene, si que también nos consuela en nuestras vicisitudes. Les estamos extraordinariamente agradecidos. No tenemos palabras para manifestarles, el reconocimiento á tan gran beneficio. Nuestro buen Jesús, que es el dispensador de toda gracia, les colme de satisfacciones y complacencias.

(1) Hoy Flandro.—(N. del P.)

Suponemos que la guerra cambiará pronto de aspecto. Dios lo quiera. En este caso veríamos de alquilar pronto una habitación reducida. Ya te avisaría oportunamente.

Todavía conservamos casi todos los muebles salvados milagrosamente del naufragio. Cuando mi padre fué á casa á comer creyendo encontrarme en ella, bajó como pudo al jardín los tres ó cuatro mejores muebles, para librarlos de la ruína si las casas amenazadas venían al suelo. Estos y los que cayeron á tierra con los escombros, servían después de estacada y empalizadas á los que nos defendían. Todos demandan reparación.

No han perecido tus cartas porque las llevo conmigo; pierde cuidado.

En la noche del 4 al 5, todo el pueblo zaragozano fué á adorar á su Patrona. También yo me postré á sus pies; á lo menos vivíamos sanos y salvos. El viernes y el sábado no fueron tan terribles. Hoy hemos oído Misa en el Coso, frente á *Casa de las Monas*. Mi padre dedica buenos ratos á la formación de cartuchos; esta tarde ha ido á San Juan de los Panetes. No puedo ser más extensa en escribirte por razones que fácilmente comprenderás.

Acuérdate, Ernesto, de tu querida

CELI.

Eso es lo que debieras hacer; subir por unos días á Montearagón, y pasar en él hasta fines de Septiembre si es que te prueba mejor que la Ciudad. La salud es el único bien positivo en este mundo.

Huesca 25 de Agosto.

Dices, bonísima Celi, que amor es hacer de dos seres uno. Muy bien me parece. Esto es lo que inútilmente pretenden los amantes; la identidad de dos corazones y de dos voluntades. Pero hay algo de lo que tu crees.

El vocabulario amoroso que está escrito en el corazón, no dá á esa acción el nombre de sacrificio, ni la gramática heróica tampoco la construye en tal acepción. Yo sólo hago un sacrificio por tí, que es perenne y continuo; consagrar mis deseos y sacrificarlos en aras de tu voluntad; pensar y querer lo que tu piensas y quieres y hacer que tu voluntad y la mía sean solamente una. ¿Y, quién puede hacer esto sino el que ama? Ambos lo podemos hacer porque los dos nos amamos con verdadero amor. Y así es. El falso, es una cosa ruín que envilece y degrada á quien lo manifiesta sin sentirlo, porque el falso amor no se siente; es una ficción que deteniéndose en la lengua no llega al corazón, y encierra en su seno la hipocresía, y en su palabra la mentira, gran ofensa á Dios que hizo los órganos comunicativos, sellandolos con la excelencia de la verdad; y quien aquélla encierra en su boca, blasfema del divino Hacedor (que sábia y perfectamente creó las cosas), no haciendo buen uso de una cualidad que tanto ennoblece y dignifica al hombre.

Y ¿qué es el verdadero amor? Este, como todas las cosas, es ó no es. Si es falso, del mero

hecho de ser falso ya no es amor. ⁽¹⁾ Luego sólo hay uno, el verdadero; que es con el que te amo. Ahora bien. ¿Qué es el amor? Esta pregunta me hice yo interiormente hace ya bastantes años, y no sabiendo contestarla, me dije: —«ya lo sabré cuando lo sienta» —Ha cursado largo tiempo desde que empecé á sentirlo, y todavía estoy de ello tan ignorante ó más que antes. Es una cualidad psicológica que todos sentimos en mayor ó menor grado y que nadie ha llegado á definir, no obstante haber preocupado y hostigado tanto al entendimiento humano. Hombres que la historia venera por sabios, han visto fracasados sus esfuerzos en ese arcano tan universal, tan claro y tan incomprendible. Aristóteles y Platón (nombres que más de una vez habrás oído), han dicho: el primero, que el amor consiste en desear á la persona amada el mayor bien posible; definición que como ves, en vez de decir qué es el amor, sólo explica una cualidad suya; y Platón define el amor puro, el amor del alma viva en gracia, sin la delectación de los sentidos. El amor platónico es aquel de que te he hablado alguna que otra vez, un amor sin ninguna de sus manifestaciones exteriores é impuras, cualidad que no puede existir en el hombre, desde la escena paradisiaca en el jardín de la rebelión.

La Roma pagana crió un hombre, cuyo nombre la posteridad de XXI siglos recuerda con fruición, y que su historia literaria llama Tito

(1) Axioma filosófico: "bonum ex integra causa, malum ex quocumque defectu." (N. del P.)

Lucrecio Caro. Nuestro personaje en cuestión, estaba perdidamente enamorado de una joven que le perturbó el juicio, en cuyos intervalos de lucidez, escribía poesías que dirigió á su amada y que en parte han llegado á nosotros.

Dice que es lo que rige, gobierna y guía todas las cosas del mundo existente. Y es, á mi criterio, la definición más acertada, si bien con alguna salvedad. No se si me entenderás. Son términos muy metafísicos y abstractos, pero que ya los grandes pensadores y escritores modernos han democratizado. Procuraré hacértelos inteligibles. Según él, lo que mueve todas las cosas es el amor; así la Luna, el Sol, la Tierra, se mueven por amor á la armonía preestablecida por Dios en el momento de la creación. Una piedra lanzada al espacio, cae por la ley de gravedad de los cuerpos; por amor á su centro. Una planta crece, por amor á crecer y á desarrollarse, etc....

No estoy yo conforme, porque el amor es una propiedad de la voluntad y del entendimiento; en otros términos; que sólo tienen amor los seres dotados de ambas potencias, porque para amar una cosa, es menester que esté en relación directa con los sentidos, y después, que la conozca, nuestra voluntad (1).

Por consiguiente, sólo el hombre puede amar y no los demás seres que carecen de entendimiento y voluntad. Atendido lo cual, este insig-

(1) *Nihil est in intellectu quin prius fuerit in sensu..—
(Nota del P.)

ne escritor hubiese hablado perfectamente diciendo «que rige y guía á las seres racionales».

Colítese, pues, de lo dicho, que lo que á mí me guía en todos mis actos, es el amor á mi Celi. Mi corazón es la veleta que gira á tu favor, á merced del aire que la mueve; es la flor del girasol que mira constantemente hacia el sol que la ilumina.

El amor, asunto eterno de la poesía, hermosa locura de la humanidad, es el aglutinante inmaterial de dos seres afines. El que no ama es un ser sin afinidad propia, nota discorde en el concierto general. Mi amor hacia tí, es tanto, que nunca se verá satisfecho porque nunca podré identificar tu ser con el mío aunque estemos unidos, aunque tú sientas como yo siento, aunque vivas para mí como yo vivo por tí y para tí, aunque tu corazón dé sus latidos al unísono del mío.

El amor es incomensurable, no hay instrumento conocido que marque con precisión su intensidad, ni barómetro que señale siempre á tan alta y siempre idéntica altura. ¿Propende tu voluntad hacia mí, como mi corazón hacia tí?

Los niños cuentan por miles el amor. ¡Que paradoja, amar por guarismos! Yo, por la mayor cifra imaginable elevada á la ennésima potencia.

Siempre serás árbitro de las sensaciones de tu

ERNESTO.

Huesca 9 de Septiembre de 1808.

A mi Celi: En este momento (seis de la tarde) acabo de releer tu carta, y no pudiendo sustraerme á mis fuerzas volitivas, te escribo á continuación como si tuviera la ilusión de formar un diálogo, ó como si de escribirte seguidamente hubiera de llegar en el momento á tus manos el recibo que acuso de tu nota.

Después de leída, hubiera preferido no haberla recibido porque me privaba de experimentar al día siguiente, el placer que siento cuando llega al consignatario que con ansia la espera. Tenía una completa convicción moral de que hoy recibiría carta de mi adorada Celi. Anoche imaginaba verte que me escribías, y aun quería adivinar tus pensamientos antes de insertarlos con tu mano en la tersura del papel, y como por cierto fenómeno que físicamente hablando se llama ósmosis, que yo adjetivo de espiritual, veía intuitivamente tropezar y luchar tu sensible corazón con la pluma que tanta resistencia opone á expresar los sentimientos del corazón tierno y amante. Trasladábame, querida Celi, á tu habitación, en el preciso momento en que me escribías, y poniéndome tras de tí, como para librarte de un mal pensamiento, á tí que eres impecable por naturaleza, sentía trascender á la mía el calor de tus mejillas, y furtivamente leía las letras que medrosa y cariñosamente ibas trazando.

Diré que escribiéndote desáhogo mi corazón y le libro de penas, mas no es así; cada

letra es una dosis de amargura en el cáliz del dolor. El mudo papel te dirá palabras gráficas, frías, sin vida, inertes quizá como la muerte, inexpresivas como la nada; sólo tienen el movimiento que tu corazón puede darles. La escritura, consignación óptica y permanente de la palabra, es demasiado tosca y hasta grosera para expresar los impulsos del corazón y para regular las hermosas leyes del amor; es un medio acústico que parodia el papel, sin más vida y expresión que dá al escrito la persona que lo lee. Al trazarlas, quisiera unir mi alma sensible, para que la tuya, al leerlas, se remontase á igual elevación y pudieras entender, aun más, comprender la profundidad del sentimiento con que están emitidas al exterior. Mi corazón padece horriblemente.

El final de cada día, es el de cada jornada que he salvado para aproximarme más á tí. No haré como el viajero, que tras larga ausencia de su querida tierra, divisa un pico que pertenece á su pueblo ó ve la veleta de la torre del mismo, y siente una emoción que no puede menos de decir á sus compañeros —mirad, allí está mi pueblo; aquella atalaya que á lo lejos se divisa, está detro de su límite. — Y alegre y contento, quiere hacer participar á todos los circunstantes, del gozo que le embarga. Yo no diré tras de mi triste jornada, —allí está mi pueblo; —pensaré— allí está mi Celi, allí, donde yo sé, esperándome con mucha ansia, aguardando la hora de mi llegada. — ¿No es cierto, Celi de mi alma, que todos los instantes de tu

vida, piensas en mí, que siempre me esperas y nunca me olvidas?

Si arrancando hojas del calendario pasasen los días, hoy mismo estaríamos en ese tan distante que con tanto anhelo esperamos. ¡Quién sabe, si cuando vaya á esa, será para estar á tu lado un interminable lapso de tiempo? ¡No ser mañana, ú hoy mismo! Observo, Celi entrañable, que cuando digo frases como esta última, me pongo insensiblemente contento, como si ya sintiese la alegría de estar á tu lado.

Cuando yo te requiebro de amores, no me figuro un trovador de la Provenza, ni un Tenorio de Tirso: me creo un Lucrecio que muere por su adorada, un Dante que no tiene otra pasión que su Beatriz, un Petrarca que delira con Laura; soy un ser que, fuera de mí Celi, me parece que nada hay digno de aprecio.

Tu apasionado

ERNESTO.

Mi querida Celi: He recibido tu carta un correo de retraso. Cuando anteayer estaba impaciente esperándola, llega el cartero y me entrega una para mi padre. Perdóneme el autor, quien quiera que sea, no pude menos de tirarla con desprecio sobre la mesa de mi gabinete.

Dando rienda suelta á mi indomable genio, la bilis fué almacenándose paulatinamente en mi interior, y mi cólera recayó, injustamente, lo comprendo, sobre un libro de consulta. Mis nervios, en un acceso de contracción, le restaron varias hojas. Después tuve que pegarlas.

Esta rémora en escribir tu carta, era á mi juicio, irritante. Consideraba un hecho realmente cierto y evidente el que la recibiría dos días antes. Una verdadera colisión de encontrados pensamientos me han mortificado sin descanso, hasta que ha llegado á mis manos y me he enterado de su retardación. Para mí, que con sólo pensar en tí tengo garantizada mi existencia, que me olvido de mi mismo para pensar en mi adorada Celi, estos días de espectación son terribles. Se padece mucho; más aunque así sea, concédame el cielo un corazón mayor para más amarte aunque más pudiera sufrir. ¡Qué presto pasa el día pensando en lo que nos es grato! Si yo tuviese mil corazones los mil serían para tí; no tengo más que uno y te lo entrego mil veces para amarte con él otras tantas.

La noche del domingo jugué á los naipes con mi prima Sancha. Suponía que estaba en tu compañía. Cuando hacía malas jugadas la reprendía con la mayor amabilidad de que era capaz. Cogíale las cartas para decirle cual había de echar sobre el tapete, y me enteraba de sus combinaciones. Otras veces, me las mostraba ella misma para que yo le designara el naipe correspondiente. Poseso de la ilusión que tenía de estar á tu lado, me resultó una velada deliciosa.

En los intervalos de lectura que procuro distraer paseando por mi cuarto, me acuerdo mucho de tí. Con frecuencia, tomo la hilación de un pensamiento y con él continúo robando tiempo al estudio. Tan absorto me encuentro en lo que pienso!

Tales pensamientos suelen embargarme casi toda la noche. A esto se debe que aún dormido te recuerde mi imaginación. Y á propósito de esto que acabo de mentar, te explicaré lacónica y brevemente el sueño raro é incomprensible que de tí he tenido en la penúltima.

Estabas, como yo, sentada á mi derecha en el sofá que tenéis en la cocina, junto á la mesa. Sobre mi brazo derecho que rodeaba tu cuello, tenías blandamente réclinada la cabeza. Con mi mano izquierda cogía la tuya y la apretaba sobre mi corazón. Yo depositaba muchos besos (suplícote me perdones) sobre tus ojos y sobre tus labios, ósculos que tú te complacías en recibir. (¿No sientes regocijo y bienestar al leer estas palabras enunciativas de actos tan amorosos?) Así nos encontrábamos, cuando oímos que se acercaba tu padre, por lo que te levantaste con demasiada precipitación cogiéndote el pie con la mesa y haciéndote en él una erosión y dentro una fractura. A un joven conocido, que incidentalmente pasaba por tu puerta, mandé con urgencia en busca de un cirujano que tardó bastante en venir. Llegó por fin y te hizo la cura. La fractura que yo había creído, era una dislocación en la garganta del pie, insignificante y de muy poca monta, pero grande la erosión epidérmica. Mientras cenaron, á la hora acostumbrada, yo te hice compañía á la cabecera de tu cama. Cuando terminaron, salieron y se sentaron alrededor de tu lecho. Todos hablaban menos yo. Entrada la noche, caíste después de un sueño de una hora.

intermitente y discontinuo, durante el cual te estaba contemplando sin pronunciar palabra para no despertarte, en una especie de letargo. Yo me marché de tu casa, tristísimo sobre toda ponderación. Al acostarme oré mucho y pedí á la Virgen tu pronta curación. Tan pronto como se hizo de día, me levanté muy temprano, pasé á tu casa y ví que estabas ya vestida y sentada. No habías podido dormir é hiciste que te levantasen. Por la tarde, yo mismo te curé el pie con sumo cuidado y lo vendé con mayor esmero. Al terminar esta operación, desperté dando un suspiro muy prolongado. ¿Qué te parece mi sueño?

Observo que al terminar de escribir mis cartas siempre me falta papel. Tanto quiero decirte que en la última página empiezo inconscientemente á apretar la letra y hacerla más diminuta para que más escrito quepa en el pliego. Esto demuestra que nunca me cansaría de escribirte.

Recibe, mi Celi, el corazón íntegro de quien nunca te olvida, tu incansable

ERNESTO.

Huesca 15 de Septiembre.

LI

Pocos días habían transcurrido del mes de Octubre, cuando, bajando la escalera de mi habitación para saludar á un amigo íntimo, que había llegado felizmente á su casa después de una larga excursión veraniega, me encontré con el cartero quien me entregó un sobre de marco negro, cuyo centro contenía letra de Celi.

Mi pensamiento leyó la misiva á través del sobre escrito. Ganoso de saber el contenido, rompí aceleradamente el noma, y efectivamente; el funesto desenlace había tenido lugar tres días antes.

Sobrecogido por la infausta nueva permanecí inmóvil en el patio, en el mismo sitio en que el cartero me había entregado aquella carta tan breve y lapidaria. Pensé que no pensaba; pero cuando me dí cuenta de mí mismo, volví á subir el tramo de escalera que momentos antes había bajado, entré en mi habitación y cerré la puerta para comunicar yo solo, conmigo mismo, el contenido del billete.

«Estas son sus últimas palabras. Dí á Ernesto que rogaré á Dios por él. A su corazón pietísimo y bondadoso debo muchos días de mi achacosa existencia. La indigencia hubiese apagado antes mi espíritu harto débil, si Ernesto no hubiese subvenido á nuestra necesidad imperiosa. Pediré á Dios por él, sí; pediré á Dios por él.»

El agradecimiento fué el epílogo de aquella alma grande. Que la oración, incienso universal de la naturaleza, suba hasta los divinos pies del Eterno Verbo, pues que todos los seres discursivos de este bajo mundo, sin distinción de ningún género, necesitamos del sufragio de la piedad aiena.

Me consideraba su benefactor y el de Celi. Esta gratitud pagaba sobradamente aquellos escasos recursos acumulados por mí con el mayor anhelo y ¿avaricia? sí; avaricia; porque á tal defecto era rayana mi ansiedad. Desde esta época aprendí á ser ahorrativo. ¡Qué satisfacción sentía después de tan buena acción!

«Ernesto; con tu nombre en sus labios ha exhalado mi padre el postrer suspiro.»

Y Celi, al finar la carta exclamaba:

«¡Madre mía de Desamparados, no me desampares, que soy tu hija!

¡Pobre Celi! ¿Cuál sería su porvenir? ¿Estaría vinculado á la desgracia? Por de pronto quedaba en una soledad absoluta, expuesta á múltiples eventualidades.

«¡Madre mía de Desamparados! ¡No me desampares!

LII

No pude menos de lamentar su prematura orfandad. En conciencia y en estricta justicia, me creía obligado á acudir con mi escaso valer en apoyo de la desgraciada Celi, en cuya ley, y comprendiendo la profundidad psicológica de aquellas palabras, reclinado sobre el pupitre, mi cerebro maquinaba *incontinenti* mil pretextos indistintos, confusos y en tropel, para declinar el ánimo de mis queridos padres. Pero estos jamás contrariaban mis propósitos.

Sujetos mis hermanos á la patria potestad, yo era el Benjamín mimado de ellos y de mis padres, sin suscitar envidias fraternales. El más joven de todos, constituí las delicias de mi familia siendo niño;

y después, en mi juventud, único vástago que quedó en la casa paterna, fuí el objeto filial de sus complacencias, sin descuidar, durante mi adolescencia y juventud, una instrucción y una educación esmeradas que en nada desmerecían de las que habían recibido mis hermanos.

Tenía la certidumbre positiva de ver cumplida mi petición, mas precisaba fiarlo á la aprobación póstuma de los autores de mis días.

LIII

Apenas llegó la hora de cenar y sentados á la mesa, expuse mi deseo de proseguir cursando en Zaragoza, donde la Facultad de Medicina había estado suprimida (si bien después se dió validez académica á las explicaciones que como particulares dieron los catedráticos) durante el curso de 1807 á 1808, por el plan pedagógico que en 5 de Julio de aquel año publicó el Marqués de Caballero, y fué restablecido por el último.

La apertura de curso, según inveterada costumbre, solía ser el 18 de Octubre,

fiesta de San Lucas Evangelista; y en el presente, en atención á las conmociones que en el primer sitio había sufrido Zaragoza, se diferió su inauguración al 4 del próximo Noviembre, y los estudiantes que se hallasen con destino á los reales Ejércitos, podían matricularse hasta incluso el 31 de Diciembre, por concesión del Gobernador general. Mas esto me interesaba ocultar.

La extensa fama que el catedrático don Pedro Tomeo é Insausti había conquistado en la versión de los Aforismos de Boerave *De cognoscendis et curandis morbis*, en la cátedra de Prima que explicaba de diez á once de la mañana, fué el motivo de que eché mano para la consecución de mis propósitos. Quería, profundizar en esta ciencia.

Espectante yo de la contestación, resultó que no había inconveniente alguno. Dióme mi padre el permiso para marchar cuando resolviese, y mi madre, que no veía con malos ojos mi aplicación á la medicina, lo refrendó muy gustosa y sancionó sin recusación alguna.

Así es que determiné partir para la capital del territorio el jueves, 13 de Octubre, en el correo que venía de Huesca.

LIV.

Al salir de casa, el sultán de los corrales dejaba oír el timbre de su voz, y á lo lejos cantaba la alondra. La aurora, cercada de blancas nubecillas, resplandecía al oriente cubriendo de nácar la bóveda celeste; desvaneciéronse las estrellas por orden inverso de magnitud y distancia, cual si fuesen apagándose por un soplo misterioso, y la naturaleza, se desperezaba al despertar con los primeros destellos de la alborada.

Cuando llegué á la parada, las mulas estaban apostadas para marchar. Sin embargo, el coche tardó á partir más de media hora, cuando ya todo el disco solar fulguraba sobre el horizonte.

LV

En el coche, presentábanse á nuestra vista brillantes y sucesivos panoramas de monte y de vega; pero abstraído á todo,

sólo pensaba en Celi que estaría esperándome con los brazos abiertos, para renovar después de tan larga ausencia, los juramentos de siempre. Imaginaba verla llorar á mi llegada, porque me amaba.

A medida que el coche se aproximaba al punto de término, este me parecía más distante. Es condición del que espera.

LVI

Ya á lo lejos se divisan las torres de la capital. Aquella es la más próxima á casa de Celi.

¡Salve, Zaragoza! Yo te saludo y admiro á tus hijos, que ponen á tus plantas mil coronas apiladas. ¡Salve!

LVII

Efectivamente; el día prefijado, á las cuatro de la tarde, entraba el correo en la metrópoli aragonesa, cuando los gigantes y enanos recorrían las calles de la población que festejaba á su patrona.

Inmediatamente me dirijí á casa de Celi, en la calle de la Pabostría (que era donde vivía según me había escrito), envidioso de tener en mis tobillos las alas de Mercurio.

Muy pronto eché de ver que se hallaba en casa, porque al oirme, salió corriendo á mi encuentro; é hincándose de hinojos en el suelo, á la vez que sollozaba emocionante de alegría al verme, agarrotando mis rodillas con sus brazos, decía:

—Mi Virgen, Ernesto, mi Virgen que se há compadecido de mí, te trae á mi casa.

Hice que se levantase, y todavía derramando abundantes lágrimas, cogió la maleta que un mozo había dejado en la entrada y asiéndome una mano, me condujo hasta la cocina y me sentó sobre un banco mullido de colchoneta.

Alí saltaba delante de nosotros y no nos dejaba andar.

Confusa por la alegría no sabía qué hacer. Me sirvió un adminículo, un trozo de tarta que á no haber llegado yo en aquella tarde, le hubiera servido de cena, y una copa de vino añejo que tantos años había guardado su padre á la intemperie ya en Valencia, en una adaraja en la calle de

San Miguel, y últimamente sobre el ábaco de la chimenea.

Sentábase junto á mí, más su inestabilidad argüía el gozo inenarrable que la inundaba. Inquieta y bulliciosa, con el rostro radiante de placer, palpitante el seno cual si en él rebosasen efluvios de exuberante amor, y ganosa de saber mi vida ausente, me preguntaba con sumo interés apretando en tanto mis manos con las suyas resquebrajadas por la cáustica de la legía que había usado dos días antes, pero mejor modeladas que las de propia Minerva.

Alí también se había sentado al otro lado, y cansado de esperar caricias en tanta profusión como él deseaba, después de hacerme mil carantoñas no bien atendidas y agradecidas, reclinó sus manitas y entre ellas su cabeza, sobre mi muslo derecho.

LVIII

Gozada aquella frenética y loca alegría de recepción, Celi me mostró la habitación, que era sumamente reducida. Dos

cuartos en extremo pequeños, con la cocina, eran las partes alícuotas de aquel semisótano.

El mobiliario era el mismo, salvo alguno, que el de la calle de San Miguel, Una muy escasa parte, lo más delicado, frangible y de valor, que se había sacado de casa ínterin el bombardeo, se hallaba indemne é ileso; pero la mayor parte, extraída de entre los escombros, yacían en un rincón, hacinados é involucrados en estado deplorable; inservibles todos estos.

La Virgen de Celi también había resultado incólume.

LIX

La cena se guisó en un periquete; y sobre la mesa preparada con la sencillez de una espartana, comimos un apetitoso arroz recién cocido, el salpicón de viaje y fruta en conserva, ínterin lo cual Celi me contaba las peripecias acaecidas durante nuestra larga separación.

Hecha la cena y levantados los manteles, le entregué é hice donación de los obsequios que pude reunir en verano,

consistentes en un collar de cuentas negras, un bejuquillo de amianto también para el cuello, un sencillo brazalete de oro y un hermoso anillo de idéntico metal, que tenía dos pequeños brillantes engastados y en el centro una esmeralda oriental de algún mayor tamaño que aquellos: este último era joya de mi exclusivo dominio y propiedad, y que hacía varios años no lo usaba por haberse quedado estrecho á mis dedos cardial y aun anular. Si en mi casa se echaba en falta podía excusarme diciendo que..... se había perdido.

Celi en cambio, me dispensó por reciprocidad la gracia de poner en su cuello, muñeca y dedo respectivamente, el collar, el brazalete y el anillo, en tanto que ella se mostraba medrosa y fascinada por el resplandor de aquel lapidario, mucho más cabrilleante á la próxima y vívida luz de la bujía que iluminaba la estancia.

Y se miraba á un lado y á otro con una majestad perfectamente régia.

La emoción que experimentaba, cual si viera renacer los felices días de su inocencia y de su ventura, no la permitían pronunciar una sola palabra. En sus ojos,

había irradiaciones jubilosas que circundaban su cabeza á guisa de aureola.

Ella estaba sublime. Yo admiraba su contemplación.

Pero hay seres tan cuitados, para quienes la alegría es un delito al hado funesto, delito cuya condena han de extinguir con mayor pena. Y Celi era uno de estos. Se había desposado en segundas nupcias con la desventura.

Merced á una súbita evolución de su espíritu, pronunció un ¡ay! de temor y vergüenza como si hubiera cometido un acto de profanación, y comenzó á llorar á la par que iba despojándose uno á uno de todos aquellos objetos. Eran grillos y esposas que la condenaban á mayor tortura. Vestía el luto de la huérfana y la viuda, y esto bastó para que toda la historia de su vida se desarrollara en su mente y auyentase el ángel de la felicidad. Había disfrazado su malaventurada humildad con adornos y joyas.

—No sé qué me pasa, Ernesto—decía cual si estuviera en un minuto de ausencia intelectual—Me siento temblorosa y me horroriza... Estas alhajas son bonitas, hermosas; mas... déjame, Ernesto. Vete. Las

gentes... En la soledad de mi desventura... Pero perdóname, sí, perdóname. No sé lo que digo.

Y sentada cual estaba, cayó desmayada sobre la mesa, formicante, ahogada por una sensación indecisa de vértigo. Y es que á toda afeción moral sigue inevitablemente su reacción física. Al placer sucede en el alma el dolor que es más acerbo y dura más.

Mil encontrados pensamientos habían atormentado su cerebro y deprimido su espíritu harto débil, y su imaginación, había presenciado el paso de otros tantos fantasmas ante los cuales había sucumbido horrorizada.

Felizmente aquella indisposición de ánimo fué breve, si bien Celi continuó algún tanto abatida.

A este periodo de frío y concentración sucedió otro reactivo de calor y frecuencia de pulso, por lo que, creyendo lo más congruente al caso acostarse, se retiró y yo también hice lo mismo.

LX

Pasé gran parte de la noche dominado por el insomnio, viendo á Celi más hermosa y encantadora que nunca. De su blonda y sedosa cabellera perfumada por sí misma, que al undular daba brillantes reflejos de ébano ó de oro, desprendíanse con negligencia dos órdenes de pequeños rizos ligeramente retorcidos, guedejas sutiles que á modo de aureola adornaban y limitaban su rostro, descansando con desorden en la divina curvatura de sus hombros. En su olímpica frente, se veían los rayos de la aurora, y aquellos ojos dulces y patéticos que reflectaban el hermoso azul del cielo y que más de una vez me hablaron de amor, y cuyas pestañas eran de seda y sus pupilas rutilantes de luz, mirábanme tiernos y apasionados. Entre sus labios de carmín como dos hebras de preciosa grana, cual fresca rosa purpurina, blanquean los dientes de perlas, blancos como el jazmín de Arabia. Su aliento era de ámbar y su palabra ambrosía. Su seno, turgente, incitante de vestal pudibunda. Sus formas

académicas, de primavera temprana, impecables, delicadas, límpidas y tersas cual si hubiesen sido cinceladas en alabastro, eran más bellas que las venustras del Paganismo. Las curvas y morbideces de su cuerpo, sus hermosísimos contornos sin par, de una modelación tan perfecta como una obra de Praxíteles, pero sin la papiación voluptuosa de la odalisca, de la vacante ó de la bayadera.

Los modelos de las incomparables concepciones del inmortal Murillo, las encontró el eximio artista sevillano, en las plácidas márgenes del Turia, en donde había nacido Celi. En ella se hubieran inspirado para sus vírgenes Rafael y Fiessole para sus ángeles.

LXI

Al venir el día, el cansancio me rindió y quedé dormido.

Después de comer tuve deseo de ver los estragos hechos por los franceses en la calle de San Miguel, durante el asedio anterior y Celi quiso acompañarme. Me eran tan simpáticos aquellos sitios. . . !

Toda la calle de Urrea, la de la Imprenta y la parte baja de la de San Miguel, formábanla solamente ruínas y escombros, producto de una misma hecatombe, de una misma conflagración; memorias y reminiscencias de un funesto día.

La antigua casa de Celi, magnífico santuario, tabernáculo embalsamado con todos los inciensos, sagrario misterioso que encerraba la génesis de nuestro amor, do soñamos los primeros delirios, do sentimos los primeros éxtasis, había sido casi toda desplomada en la catástrofe y desconcierto del 4 de Agosto.

No se veía por doquier otra cosa que desolación; edificios derruídos.

Caminando por aquellos montones informes de piedras, guijarros, paredones, astillas de puertas y maderos quebrados y desprendidos, llegamos al jardín cuyo estado no iba en zaga con el de las casas. Estaba casi cubierto de ruínas, sobre las cuales nos sentamos al sol de la tarde, recordando nuestro primer amor y el teatro de su natalicio.

El suelo, poco ha tapizado de vistosa y polícroma alfombra, se había trocado de frondoso jardín, en melancólico erial

y en yerto páramo cubierto de abrojos y malezas.

La corpulenta y gigante magnolia, vestida de hojas, había afrontado los embates de la guerra, si bien bastante desgajada, como impertérrito y valiente soldado que pierde un brazo en la campaña. Los demás árboles, desnudos, habían llevado la misma ó peor suerte, y el verde fronde con que en otros tiempos estaban revestidos, había-se convertido, por la proximidad del cruel invierno que tanto envejece los frutos estivales, en amarillento sudario de las ruinas. La mano tutetar que tanto celaba por su existencia, debió cerrar los ojos á vista de tal espectáculo.

Sólo en la parte meridional del jardín brotaban unas plantas de entre las piedras; algunas de las que Celi solía cuidar.

XLII

La visión de éstas, dió motivo á que Celi me contara á la sazón la simpatía que tenía por las flores, de la manera siguiente:
—Siendo yo muy niña, en Valencia, que

es el jardín de España, pasaba á jugar conmigo una vecinita mía llamada Angelina, cuyos padres la adoraban locamente, y tal vez por la semejanza que con las flores tenía, cuyo lindo rostro, al despertar, según expresión de su padre, no era otra cosa que un capullo abriéndose á las undulaciones matinales del éter, le enseñaron, todavía balbuciente, el lenguaje de las flores.

— Inocentes é infantiles distracciones eran para las dos, las combinaciones ingeniosas que con las flores hacíamos.

— Desde aquella edad tuve tanta pasión por las flores, que mi ocupación predilecta era su cultivo y esmero. Y aun hoy siento fruición cuando tengo alguna entre mis manos, que ya no pueden llevar más que la del ajeno y la adónida por ser emblema de la amargura y de los recuerdos dolorosos, las que alguna vez trueco por el alelí silvestre, por la fidelidad en la desgracia.

Recordando con estas palabras melancólicos pasados, bajó al suelo los ojos ya temblequeantes; más yo, que presto comprendí su aflección, la insté á que continuase la historia.

— Como los orientales tienen tanta pa-

sión por las flores,—prosiguió diciendo— todos los amantes, validos de la combinación de las mismas, se revelan los dulces sentimientos de su alma, formando ya sus amorosas cartas, ya también un ramillete que llaman *selam*, medio manifestativo de su tierna pasión.

—En las magníficas fiestas de los *Tulipanes* que se celebran en Constantinopla con júbilo inusitado, si algún cortesano dejase caer, durante el baile, un tulipán á los pies de una odalisca, esto significaría declaración de amor; y si ella contestaba con una rosa pajiza, indicaba su desdén al pretendiente.

—¿Luego yo, carísima Celi, habré desdeñado tu amor? —la dije queriendo reconocer alguna grave falta cometida por mi ignorancia.

—Sí,— me contestó tristemente. — Me diste una baloisa que es un tulipán de tres colores, amor sin límites, que yo deposité en mi búcaro negro; correspondí dándote en la tarde inmediata un ramillete de perpetuas, eliótropos y caedonias, jaspeado de mirtos y pensamientos, cogido por hojas de acacia, significativo del amor platónico, con lo que quise decirte; «sólo por

tí que ocupas mi pensamiento y á quien mis ojos sólo miran, lancé mi primer suspiro de amor eterno.» Y para que mejor advirtieses mi intención puse cariñosamente por cima del ramillete y casi desprendida á guisa de escarapela, una flor de vellosilla como para decirte desde lo íntimo de mi corazón «no me olvides», y tu me obsequiaste con un racimo de albahaca. Después de marcharte de nuestra casa, recogí en tu cuarto las *hojas secas* del ramillete que todavía guardo.

—Perdóname, mí Celi,—la dije poniéndome á sus piés y adorandola en su mano — perdóname. Lo hice todo inconscientemente. Deploro mi inocencia porque con ella contribuí á tu melancolía. Aprenderé, para hablar contigo, el lenguaje de las flores.

LXIII

Al siguiente día, después de haber salvado Febo la línea del Ebro, aprovechando su buena tarde autumnal, bajamos entrambos al río y alquilamos al tío *Quico* una pequeña lancha en qué pasear.

Bogando en nuestra barca cual góndola de nácar, practicábamos la náutica como auténticos marinos. Virábamos de bordo á nuestro débil bajel, al arbitrio de Celi, piloto y timonel. Discurríamos por el río variando las maniobras, y ni otra cosa se oía, que las gotas sonoras del agua cayendo de los remos y el rítmico latir de su anhelante pecho.

Una vez que habíamos arribado á la pradera que el río bordea, apoyada Celi en mi brazo paseábamos los dos, deambulando bajo la fresca adumbrosa de los álamos, ora por las sinuosas veredas, ora sobre la campestre alfombra.

Su hablar era propio de la Pitonisa Déléfica; su canto dulce, de sirena que atisva sonriente bajo el agua del estanque, cuya limpidez ostenta como su tersa linfa; ne-reida palpitando suavemente en la espuma de las ondas; cítérea nacida del mar en la concha de nácar; blanca náyade que teje coronas del río en las ondinas, al unísono del eterno monólogo de la fuente; ninfa de marmórea blancura suspirando en el susurrante arroyuelo, inclinándose como las sílfides, circuidas de rosados amorei-

llos, se inclinan en la floresta para besar las flores.

Aquel paraje, *el Soto de la Mezquita*, delicioso, seductor, tenía para mí todos los atractivos de una cueva encantada, con grandes y seculares bosques, como esas que los novelistas orientales, principalmente árabes, de la Edad Media, nos cuentan, en que no falta un hada mágica que cautiva con sortilegio y hechicería.

Celi tenía en aquel momento mucho más de sobrehumano que esa mitología pagana, las representaciones de cuyas deidades han quedado grabadas en esfinges, estatuas y obeliscos, monumentos de colosos, semidioses y divinidades fecundas. Era un ser hermo­seado con todas las perfecciones de la religión cristiana.

Embelesante, hermosa como una divinidad, suspirando melancólicamente por las plácidas riberas, la hurí de mis amores, me hacía sentir el espasmo de lo sublime, la loca hartura de sus bondades, sus glorias inmarcesibles, la dicha sin tasa.

Arrobado por tanto placer y dormido en alas de su fruición, no había más mundo sensible que el formado por el círculo de árboles vecinos y el estrecho y limitado.

horizonte del firmamento que nos cubría Angeles puros trasportaban con raudo vuelo aquella concreción perfecta, á las altas regiones del empíreo.....

LXIV

Mecido por sus brazos, ví, en las niñas de los claros ojos de Celi, reflectarse el azul hermoso del cielo, cielo sin nubes que empañasen aquel océano de amor

.....

LXV

La cantinela de un zagal que en lontananza se oía, fué nuestro despertar.

Paz de idilio envolvía á la naturaleza. El viento susurraba entre las hojas, y el pájaro cantor, oculto en la arboleda, gorgeaba su canción.

¡Quien fuera el acemeta constante que en salmodía perpétua, mientras el aire lleve en su regazo perfume y armonías,

cantara los placeres, las églogas, las elegías, el poema de nuestro eterno amor! ¡Quien tuviera la pluma del erótico Ovidio! ¡Quien fuera cual Catulo, Tibulo ó Propercio para inmortalizar tu nombre, como ellos perpetuaron los de Lesbia, Delia y Cintia! Si yo pudiera cantar la felicidad campestre y nemorosa con los dulces versos de Tácito y Virgilio, ó los rotundos de Teócrito y Tito Livio, llenaría más páginas que hay escritas de las fábulas griega y latina.

La bella Fornarina inspira el pincel de Rafael, y Safo rompe su lira en éxtasis de amor.

LXVI

Declinaba la tarde en Occidente, y el sol, al hundirse lento, teñía las lejanías del horizonte de manchas sangrientas y opalinas.

Marchamos *cap* á casa con gran prisa, temerosos de que la noche nos sorprendiera, por ir desprovistos de linterna. Cuando llegamos á la orilla derecha, los últimos reflejos del crepúsculo vesperti-

no, corto como de Otoño, desvanecíanse ante los argenteados destellos del astro nocturno, y aparecían las mayores estrellas, pálidas y trémulas.

El buho cantaba en torno de los próximos edificios.

Después de una breve estación en la Cruz del Coso, en donde había iluminación artificial de exquisito y esmerado justo, volvimos hacia casa para cenar y descansar.

LXVII

De ésta ó parecida manera pasábanse los días, procurando atender en lo posible á la parte comfortable de la vida. Una felicidad completa precedía á todos los actos de ésta, y nuestro horizonte, claro y espléndido, jamás se nublaba con nubes plumizas.

Tan sólo una idea turbaba la mente de Celi; la sombra de Luis. Su pensamiento era el inquisidor malvado que evocaba sin cesar tan execrable imagen.

No había visto á su esposo en todo el tiempo de la prisión, y como D. Antonio

había pedido el divorcio á nombre de su hija, suponía Celi que Luis se vengaría en ella á la primera ocasión. Sobre esto, tenía la presunción, de que las malévolas y protervas costumbres de Luis no habrían tenido lenitivo alguno en el tiempo en que había estado recluso. Así es que conociendo la idiosincrasia particularmente irascible de su marido, la temibilidad aumentaba por grados.

LXVIII

Deslizábanse levemente los días, cuando, en la mañana de uno de los últimos del mes de Noviembre, recibió Celi carta con lema desconocido y sellada por la estafeta de Correos de Valencia, lo cual le consternó hondamente porque las relaciones antiguas de aquella procedencia, incluso la comunicación con Luis, habían quedado, desde hacía mucho tiempo, completamente interceptadas.

Al fin de la misiva se leía *Tomás Forcadell*, pariente de Celi por afinidad.

Ansiosa de saber su contenido, Celi,

traspuesta á mí, leía simultáneamente la carta que me había entregado y que estaba concebida en el tenor siguiente:

«*Valencia 28 de Noviembre de 1808.*—A mi querida sobrina Celi: Acaba de cerciorarme el Alcaide del Presidio, de la noticia sensacional para todos nosotros, que por ésta se tenía sobre la fuga de Luis. Dícese que foragido anda por las montañas de Chelva y Espadán, tal vez con dirección á Zaragoza, y la policía de Valencia sigue haciendo pesquisas hasta su captura que se cree será pronto. Es cosa que te comunico con la mayor urgencia. Tú sabrás que hacer. Tu tío.....»

Atónitos y suspensos quedamos ambos ante la lectura de tan funesto acaecimiento. La confusión se apoderó totalmente de nosotros. Celi se hallaba conturbada y como dominada por una fuerte enagenación mental. Su corazón latía con demasiada celeridad y sobresalto, y su ánimo decayó tanto de súbito, que hubiera dado con su cuerpo en el suelo á no sostenerla sobre mi pecho.

LXIX

Aquella fatídica carta que dejaba en la memoria de Celi una impresión persistente, pronosticaba daños con fatales vaticinios, mostraba la cerrazón de las lejanas perspectivas del futuro. Era el númen maléfico que le impulsaba á dar un paso más á merced de su destino, cual ligero tanto que el viento arrebatara á favor del vendaval.

Borrada del censo de la humanidad, proscrita del seno de la sociedad, como resto de barco perdido que el mar arroja sobre la playa, por ser la encarnación genuina y la vera efigie de la desgracia, la precoz caducidad de su alma había de cristalizar sólida y definitivamente, en el áspero camino del calvario que la suerte infausta, pérfida y sañuda le había marcado, y tenía que llegar necesariamente á la apoteosis del dolor, para mundificar en esta suprema expiación su alma esencialmente pura y bella, cuya vida entre los hombres había sido un poema de amor, de abnegación y sacrificio.

LXX

Repuesta de su desfallecimiento, me preguntó por cuanto pudiera sobrevenir, y pavorosa, cogíame ambas manos, y con ojos suplicantes á la par que con acento dulce y patético, decía:

—No me abandones, Ernesto. Luis es para mi un hombre temible. No puedo ya vivir con él. Le odio mucho sin deber de odiarle, pero le odio no sé por qué; porque le amé con todo mi corazón. El me aborreció y maltrató; injurió á mi padre... Estoy perdida si me abandonas.

Confortéla cuanto pude y conjuré aquella primera impresión de alarma. Mas la horrible perspectiva de lo porvenir invadía la estancia y aun toda la casa. ¡Cuánto había por pasar! La videncia de lo futuro tenía para Celi un aspecto tétrico.

¿Por qué se había fugado Luis? Qué móvil pudo inducirle á semejante osadía é inconsiderada acción. ¿Qué ruta seguiría durante el tiempo que anduviese fugitivo? De venir á Zaragoza ¿qué pudiera resultar? Es lo más probable que no se reuniera

con su esposa para mejor despistar la inquisición de su persona.

Porque en los primeros días de su prisión, Celi le había negado, si nó jurídica ni canónicamente, al menos por su propia y espontánea voluntad, el nombre y categoría de esposo. Luis habíala mandado llamar á Valencia y prometídola miriadas de veces, un cambio radical para cuando se viera libertado de aquellas rejas que le aprisionaban; y Celi, siempre obsecuente á la autorizada voluntad de su padre, no quiso acudir al llamamiento de Luis, desconfiando de los ofrecimientos atendido su carácter inconsistente y voluble en extremo. De suerte que entre los dos esposos mediaba un antagonismo cimentado. Pero lo que en Luis era animadversión y encono, en Celi era temor fundado.

Todo era enigmático, misterioso y obscuro, difícil de descubrir. ¿Querría hallar en Celi un motivo de venganza?

Caliente hasta el menor lóbulo de mi encéfalo, consideré conclusión apodíctica el que por fas ó por nefas vendría á Zaragoza. Y en tal emergencia ¿qué determinación tomar?

Hubiese dejado á Celi, sola en su casa,

aunque vigilada muy de cerca, pero no podía salvar los dos escollos; salía de Escila y entraba en Caribdis. Esta perplejidad inextricable, convertíase dentro de mi cerebro, en la eterna tela de Penélope, en el intrincado laberinto de Creta.

LXXI

Desde el momento en que Celi me suplicó que no la abandonase, tomé el partido de seguir en su compañía á trueque de cualquier evento, de hacer frente mejor que eludir aquella dificultad. Sus palabras fueron mi nervio propulsor y mi decisión gotas de bálsamo vertidas sobre su corazón.

Bien comprendía que esto era para mí, la gestación de otra ruidosa, catilinaria; pero á mi voluntad, modelada en la de Celi, no le era dable resistir ni oponerse á los dictámenes de su conciencia que yo convertía en leyes y preceptos.

En tan tremenda cuita, Celi esperaba en mí como el antiguo pueblo de Israel esperó en su salvador.

Era de suponer que el ánimo de Luis, irritado ante mi presencia, no había de amainarse con palabras, y determiné ser pródigo en este caso. En el fondo del baul tenía, si la memoria no me engañaba, una arma de fuego; una pistola con culata de nácar é incrustaciones de oro. En efecto; allí tropezaron mis manos con ella, revuelta entre la ropa. Estaba enmohecida por la falta de uso y era menester limpiarla. Me dirigí con este objeto á una armería de la calle de los Agujeros, ⁽¹⁾ donde, en un abrir y cerrar de ojos, verificaron la operación, cargaron el arma con todas las reglas de la balística y me vendieron municiones.

LXXII

Comimos temprano y á medias, y salimos de paseo siguiendo el itinerario de costumbre.

No osaba Celi rozarme la ropa por temor á una descarga, y me encargaba

(1) Calle de Roda. (*N. del P.*)

incesantemente la mayor cautela y precaución.

Llegados á la orilla, vimos la barquilla que flotaba sobre las aguas como si impaciente estuviese esperándonos. Entramos en ella, y jadeante y orgullosa, comenzó la dirección ordinaria.

Nuestro paseo fué breve, como jamás lo había sido. A nuestro retorno, los blancos álamos de la ribera que nos cubrían en el recreo, y aquellos que primero nos salían al paso, parecían en este día más tristes que en los pasados, y el nombre de Celi, eternamente repetido en la tierna corteza de los árboles, evocaba á nuestra mente días mejores. El cielo parecía velado por pálida gasa, y las capas bajas de la atmósfera, oscuras, pesadas. Ni los pájaros cantaban ni el murmurio lejano del agua tampoco se oía.

La barca pesada apenas andaba, y el río ya no era el espejo donde se miraba. La estela que el barco al andar dejaba, veíase estrecha de cerca y de lejos muy ancha, más perdidos sus reflejos ya no argenteaba.

¡Adios!—les decíamos desde la orilla de la derecha, más el eco, polífono en otro tiempo, no repercutía.

Tal vez fuera el último recreo de nuestra vida que juntos pudiéramos tener bajo la sombra de los verdes álamos.

LXXIII

El aspecto de las calles era triste y el rostro de los transeuntes tenía mucho de sombrío.

En casa, nuestra cena fué interrumpida con pocas palabras y la noche la pasamos alerta y despiertos por una fuerte actividad cerebral, asaltados por visiones terroríficas y asombrosas, esperando que el alba ahuyentara aquella pesadilla. Y es que la tristeza se había apoderado de nuestro cuerpo, de nuestra alma, de todo nuestro ser.

Esperábamos impacientes el desenlace terrible de aquella tragedia urdida y desarrollada *in mente*.

LXXIV

El día pasó sin ningún incidente.

Al siguiente, sobre las doce, la puerta-casa abrióse bruscamente y con gran estrépito. Pasos acelerados se oyeron en el pasillo, y de momento, una figura de hombre se detiene rígida y erecta en la entrada de la cocina, lanzando una mirada inquisidora por todo el ámbito de la estancia.

Alí, celador de la casa, salió á su encuentro muy garifo é irritado.

El aparecido era de buen continente, complexión robusta y mucha estatura, tez blanca, ojos saltones, barba negra, bien poblada y en desorden. Su aspecto era simpático, escama brillante con que la naturaleza cubre á las serpientes. Con el prisma de la rivalidad, sólo veía en él un ser ominoso, aún más, repulsivo, con una mirada mefistofélica, feroz y sanguinaria, ceño adusto y severa faz. Era fornido y vigoroso como un filisteo, un cíclope, un verdadero Prometeo.

Vestía traje varío y mal ajustado, cual si fuera de alquilón.

Al verle me preparé á jugar la partida, concentrando mis potencias tanto psíquicas como físicas en contra de tal individuo, que venía en son de guerra y exterminio.

—¡Luis!—exclamó Celi gritando, dando un gran repulso de temor y corriendo en actitud de abrazarle; más llena de confusión, trémula, comprendiendo que algo funesto iba á sucederle, dominada por una visión fatídica y transfigurado su rostro como si en el de su antípoda hubiese visto una expresión de contumacia y ferocidad, retrocedió y vino á acogerse á mí haciendo muda apelación á mi valor, como si al abrigo de mis alas quisiera quedar salva.

—¡Luis!—¡Me llamas Luis, tu que me has sido infiel y traidora! No manches mi nombre.

Lanzó una carcajada estentórea y se arrojó furente sobre Celi asestándole con el puñal en el pecho. La pistola no dió en el blanco porque desviaron la puntería en uno de los movimientos. Hizo un amago de percutir é introducirselo de nuevo, y lo impedí cogiéndole por detras y recha-

zando á mi enemigo con un vigor extraordinario; más tiró con tanta violencia que blandió en el aire el puñal escapado de su mano. Los dos nos apresuramos á cogerlo, y luchando por apoderarnos del arma, yo recibí una pequeña incisión alvina y Luis cayó al suelo derramando la sangre á borbotones. Dando un estentor se irguió lleno de rabia, mas pude falsearle la mano, y quedamos desarmados.

La lucha era desesperada, sórdida, titánica, cuerpo á cuerpo. Ya sólo había puños con que defenderse y atacar. En medio de la contienda observé en mi brazo izquierdo una fuerte convulsión, un dolor intenso y la carencia del pulgar. Agotadas nuestras fuerzas, caímos los dos en un grupo.

Luis quedaba exangüe, y asiéndose á la mesa del medio de la cocina quiso levantarse, más no pudo y cayó de nuevo al suelo. Y en medio de horrendas execraciones y dicterios soeces, y revolcándose, estuante como una fiera terrible, insuflando oxígeno, exclamaba con dilucidéz:

—No puedo vengarme, ¡traidores!

Y debatiéndose entre espasmos y concusiones peripatéticas, pronunciaba blas-

femias entrecortadas y groseras interjecciones de su diccionario particular, crispaba sus manos, espumajeaba por su boca rechinándole los dientes, y de sus ojos brotaban relámpagos de comprimido despecho y cólera sombría.

LXXV

La lid había sido homérica, pero Luis quedaba vencido.

Celi que se había mostrado fuerte como la Judit bíblica, había salido á la calle en deprecación clamorosa de socorro, y entraba ahora con varias personas que acudieron presurosas en nuestro auxilio.

También Alí hizo lo que pudo: tirábale de una pernera del pantalón sin soltarle en toda la refriega.

¡Qué espectáculo de pugilato!

El cuadro formado era terrible y horrorífico, y el desorden y la anarquía reinaban en la habitación. Luis yacía en el suelo, exánime y agonizando. Unos vecinos vendábanme provisionalmente la mano y me apretaban la muñeca sin ninguna

consideración: Otro grupo de mujeres y un médico liliputiense que humedecía con vinagre las sienes de Celi y le hacía oler antiespasmódicos indicados para esta clase de accidentes, curábanla en su dormitorio.

La había herido en el pecho con herida profunda, más no tanto como yo imaginaba; el corpiño, cotilla ó corsé y la ropa interior habían repercutido el arma y dificultado la entrada.

El dolor de la herida del bajo vientre y el del dedo cercenado hacíaase más fuerte y profundo á medida que el frío penetraba, en términos que no podía resistirlo y tuve que recostarme en un banco.

LXXVI

Pronto debió correr la noticia del suceso, porque en seguida se personó el juez que instruyó diligencias y tres individuos de la Hermandad de la Sangre de Cristo, quienes con el sargento Andrés ⁽¹⁾, me condujeron en una camilla al inme-

(1) De la familia de los *Quiloz*, poseedores del Manuscrito-
(N. del P.)



diato dispensario benéfico, para verificar-me la cura.

El médico del Hospital me administró los primeros auxilios y las Monjas de Santa Ana me prodigaron sus cuidados.

Poco después vinieron á verme, sabedores de lo ocurrido, varios amigos y conocidos de disciplina.

Aquella tarde sobrevino una gran emorragia acompañada de fiebre que aumentaba gradualmente

LXXVII

Esto sucedía el día 4 por la tarde.

Cuando desperté del letargo rodeaban mi cama algunos concoleagas y á la cabecera la Hermana María de Santa Ana.

Noté que el médico me pulsaba con una inamovilidad que parecía estaba disecado, y que pasaba á la cama contigua con magna indiferencia estóica.

—¿Habéis visto á Celi?—pregunté.

—Está bien,—contestó mi condiscípulo Larramendi. ⁽¹⁾ Acabo de preguntar por

(1) Juan Bautista Larramendi, de Pámplona, estudiante de la Facultad de Medicina en 1808. (*N. del P.*)

ella y me han dicho que sigue mejor; que la herida no ofrece cuidado y se cicatrizará en muy breve tiempo. Hoy está más aliviada que ayer.

—Pues qué, ¿tanto tiempo hace que estoy en el Hospital?

—Cuatro horas faltan para completar dos días. Hoy estamos en jueves y aquí entraste el martes. Y tu, ¿sigues también mejor? Tienes mejor aspecto que ayer y te das cuenta de lo que hablas.

Había pasado casi dos días en lamentable estado acataléptico, sin haberme dado cuenta de ello. La irritabilidad en acción de algunos miembros y órganos de mi cuerpo, y el adormilecimiento de los restantes por el marasmo consiguiente á la pérdida de sangre, un leve pronunciamiento de hemorragia y la fiebre intensa que se apoderó de mí sin piedad ni compasión, me dominaron de tal modo que debí permanecer bajo su férula é influjo inerte y exánime, sin conciencia de vida. Afortunadamente, el período más álgido y culminante, la crisis de la enfermedad había pasado y volví de nuevo á sondormirme.

Espirante la tarde, la hermana María

me suministró un caldo y la pócima que el médico me recetó para determinados espacios de tiempo.

LXXVIII

Trancurrieron con relativa tranquilidad varios días hasta que Celi me sorprendió con su primer visita, en la mañana de uno de los comedios del mes. Al entrar en la sala oí rumor de pasos conocidos, y en seguida experimentó mi frente la sensación deliciosa y suave de un ósculo mientras su eco se confundía con la exalación de—¡Qué feliz soy, Ernesto! Creí que no te vería.

Era Celi que me besaba como se besa á un hermano, en tanto que con sus brazos rodeaba frenéticamente mi cuello sintiendo los espasmos de la alegría y del placer. Enajenada á cuanto nos circundaba, sollozaba y apretaba mi frente contra sus labios. Su arrobamiento indescriptible poníala á salvo de la censura ajena y de toda recriminación extraña.

Inundábame á preguntas, y en su vehe-

mente deseo de conocer mi estado no me dejaba tiempo para contestarlas.

Y me besaba fuertemente la mano con cariño pasional.

LXXIX

Siempre que venía, hacía de solícita enfermera á la cabecera de mi cama, y auscultaba mi respiración, ora lenta, ora animada. Poníase junto á mí, sobre mi cabeza, inclinado su rostro sobre el mío, mirándome con atónita mirada, como si quisiera fundir mis ojos en los suyos propios. Y así permanecía estática y abstraída de sí misma, hasta que la Religiosa, cediendo á mis instancias, la decía que era ya hora de salir.

Aún me miraba largo rato desde la puerta de la sala, como diciéndome la pena que sentía al ausentarse.

La Hermana enfermera volvía poco despues y acercándose á mí, me contaba todo lo que le había dicho; que Celi y yo éramos hermanos; que los dos nos queríamos mucho; que cuidara incesantemente de mí:

que..... una infinidad de advertencias que ponía más de relieve su candidez para con Sor María, quien tan á pies juntillas había dado crédito al gemelismo de Celi.

LXXX

Esto pasaba diariamente. Mas después de marcharse experimentaba yo una pequeña agravación que pronto desvanecía.

A medida que Celi mejoraba la permitían estar más cerca de mí, que amen de ser mi mejor elixir reconstituyente, era cosa que ella agradecía mucho.

Pero no pasaba ningún día sin que llorara como una niña. Yo la conminaba con la prohibición de su entrada, y entonces, acumulando otra pena á la que ya sentía, redoblaba su llanto y tenía que consolarla. Serenábase y me prometía no volverlo á hacer al día siguiente, mas le era imposible la continencia. Los enfermos vecinos se movían á compasión, y la iban tomando cariño por lo buena que era conmigo.

Mis heridas cicatrizábanse con alguna lentitud porque me levantaron el apósito

fuera de sazón, y mi convalecencia era bastante paulatina, así es que como Celi adelantaba mucho en su mejoría, estaba yo á su cuidado casi más que al de la Hermana.

LXXXI

El numerario que tenía en mi poder para la Licenciatura y que debía haber depositado en el Colegio de San Cosme y San Damián, y las tres mensualidades hasta fin de año, recibidas por adelantado, se habían evaporado en muy pocos días; y teniendo que atender á tanto dispendio y gasto extraordinario, hubo necesidad de arbitrar recursos acudiendo al único y consabido baluarte honorable de vender las pocas alhajas que teníamos (á bajo precio de cotización como ya es sabido), y últimamente, de empeñar algunos muebles y objetos de Celi, único despojo que le quedaba de su antiguo esplendor. De suerte que nuestra situación se iba haciendo precaria. Confiaba, por otra parte, que tendríamos lo bastante hasta terminar la curación que era lo que más montaba,

pasada la cual, la cantidad que á primeros de Enero había de recibir de mi casa cubriría todos los gastos. Y así conseguía ocultar á mis padres lo sucedido.

LXXXII

Mis amigos, á medida que mi estado patológico se hacía satisfactorio y que yo iba recuperando la salud, fueron disminuyendo sus visitas tan prolongadas y asíduas; sin embargo, aún pasaban muchas horas á mi lado.

El 25 recibí la última visita del médico, quien ha cumplido la misión de su ministerio, como reclama su sacerdocio, y dádome de alta cuando ha comenzado la descamación de la epidermis, que es síntoma de finar la convalecencia del enfermo.

Conjurado el peligro, trasladáronme, escoltado, á la cárcel de la Manifestación, en el arco de Toledo ⁽¹⁾, en donde ahora me encuentro hace ya catorce días, cuyos cinco últimos han pasado sin ver á Celi.

Mi nombre es un número que no quiero recordar.

(1) A la entrada del Mercado. (N. del P.)

LXXXIII

Por un cúmulo inexplicable de concausas, la vista del juicio ha tenido lugar lo más pronto que podía esperarse.

Hoy he visto la luz del día y ella alienta mi esperanza en la ansiada libertad.

Con mis manos sujetas por esposas, he sido trasladado á la Audiencia para verificarse el juicio oral de la causa seguida contra mí.

Mi defensor, el diligente y entusiasta abogado D. José Chueca y Mezquita ⁽¹⁾, ha hecho en mi favor lo indecible, y en mi causa sólo ha encontrado circunstancias eximentes por completo de responsabilidad alguna. Y al Relator Sr. García ⁽²⁾ también le he visto inclinado á favorecerme: su interrogatorio nada ha tenido de prolijo ni capcioso.

Se han alegado las razones de la ascendencia aristocrática de Celi, de su honradez y laboriosidad, del temor fundado é

(1) Famoso abogado, muerto en Julio de 1810. (*N. del P.*)

(2) D. Mariano Joaquín García, Relator de lo Criminal. Murió en 24 de Febrero de 1809. (*N. del P.*)

invencible que tenía á su marido, de la memoria de D. Antonio; se adujeron univ ersidad de argumentos fehacientes de la vida licenciosa y depravada de Luis, de sus malos tratamientos para con Celi, de su prodigalidad sin límites, de sus perversas inclinaciones, de su extravío mental, del homicidio é intento de suicidio, de conocido desertor de presidio y últimamente de reincidencia frustrada.

El Sr. Mezquita, tipo de anatomista moral y profundo psicólogo general, ha patentizado cómo el primer asesinato cometido por el interfecto, engendró matemáticamente á otro, y que Luis presentaba sin tara hereditaria, algunos estigmas físicos de degeneración que habían dejado impresa su huella hasta en la textura orgánica de sus centros nerviosos, siendo á la vez venático, mejor dicho, infecto de vesania; candidato indefectible á la locura, con tendencias fobias é irresistibles y rarezas pertinaces revestidas de un pronunciado tinte mórbido.

Se han testimoniado los hechos irrecusables hasta la convicción, sin ser vulnerados la sustantividad ni los fundamentos del derecho. Numerosas atestaciones han

revelado con palmaria evidencia mi conducta relevante é irreprochable, y se han apreciado mis méritos en su justa medida. Todo hace suponer que dados los antecedentes en que se ha basado la causa, la sala dictará veredicto de inculpabilidad.

LXXXIV

¡Celi de mi alma! Al escribir mis conjeturas en las terribles murallas de esta cárcel, siento renacer en mi corazón la alegría que tan lejos ha estado de mí. No codicio salir de esta lobreguez tanto por la liberación que supone de la pesada carga cuanto por la visión que de tí ansío.

El entumecimiento que producen en todo mi cuerpo la oscuridad é insalubridad de esta mansión, empobrece mi constitución y contribuye á mi mayor debilidad. Y aunque mis párpados están ya secos y enmohecidos por los raudales de lágrimas que han derramado en el cautiverio, te he distinguido al primer golpe de vista por

entre la multitud de personas que obstruían el acceso á la Audiencia.

¡Mi pobre Celi! Cuando llena de pasión y loca de amor te has abalanzado á mis hombros para abrazarme; cuando el guardia te ha arrebatado y tirado al charco de la calle á mi paso para la cárcel; cuando he visto que revolcándote en el lodo no tenías fuerza para levantarte, he sentido á la vez indignación y terror. Sí. Te he visto tambalear y caer al suelo, mancharte el vestido y el rostro con el barro de la calle. Todo lo he visto. Yo también he sido el blanco de su injuria. Cuando corrías en pos de mí, me he vuelto para verte y me ha empujado hacia adelante de tal modo, que casi caigo también en tierra. ¡Hay seres tan desgraciados....!

Pero todo tiene fin. Tal vez terminen mañana nuestras cuitas, trasmutándose nuestro destino adverso, enojoso y opresivo, en otro infinitamente mejor; y en tal concepto, podremos vivir tranquilamente y en júbilo perpétuo. Volveremos indefectiblemente á frecuentar el soto, y allí, en lo tierna corteza de los álamos, escribiré

de nuevo tu nombre. Volveremos á bogar en la barquilla de que tú serás de nuevo esperto timonel, y en la claridad de un astro sin ocaso, acariciados por auras de ventura y amor, repetiré incesantemente al oído, muy de cerca, el nombre de mi Celi.

Tal es el «*Libro de Memorias*» que nos ha legado Ernesto.

En distinta letra se lee:

Al amanecer el día 10 de Enero, el ejército sitiador comenzó á arrojar sobre la ciudad multitud de proyectiles. Las baterías francesas dirigidas contra el fuerte de San José y reducto del Pilar parecían un volcán en plena actividad. Al estruendo del cañón, del mortero y del obús, retemblaba el suelo y se conmovía. Lo sombrío y nebuloso del tiempo, unido á la espesa nube de humo de la pólvora, sólo nos dejaba distinguir grandes y continuas llamaradas de fuego. No veíamos á tres metros de distancia.

El estrépito lejano, estridente y seco que el globo destructor producía á su salida, repercutía en nuestros edificios con la explosión terrible de aquellos y el derrumbamiento completo de éstos. Mi Regimiento, que era el de Cazadores de Valencia, se situó en el centro del reducto, y desde este momento el fuego ya no fué tan intenso, hasta que sobre las ocho, sitiados y sitiadores, cejamos por completo.

La guarnición se preparaba para el próximo ataque recomponiendo provisionalmente las baterías que el enemigo había deshecho, pero como á primera hora me habían participado la gravedad de Celi, pedí permiso á mi comandante para estar un momento fuera de las filas.

Una herida mal curada minaba la existencia de la infeliz muchacha. Su pecho izquierdo aparentemente sano y sonrosado guardaba sigilo-

samente la hora fatal. En él latía la ponzoña, la podre corroía su cuerpo sin cesar, y á su exterior no habían aparecido síntomas que delatasen la causa destructora de su organismo. El mal se extendía holgadamente y se apoderaba á mansalva de su preciosa vida. Su incremento era inatajable. Ya no había remedio. La muerte se había filtrado en su cuerpo con el plomo homicida.

Postrada en la cama, sufría con resignación los horribles dolores de su propia destrucción. Con frecuencia se retorció, cuando, impotente á la intensidad de aquellos, no encontraba lenitivo ó medio de amortiguarlos. No hablaba sino pronunciando el ¡ay! compañero del acerbo dolor y llamando á Ernesto para que le confortase y se convirtiera en laxante de su herida. El color de su rostro, blanco con la blancura de la muerte, sus labios incoloros y transparentes, los ojos tristes y sus párpados amoratados, eran señales evidentes del sufrimiento. Sus dientes chocaban entre sí con el estertor del frío precursor de un funesto desenlace.

El médico que detenidamente había explorado y sondeado á Celi, vacilante por una decisión premiosa, maquinaba una determinación taxativa porque el estado de la enferma demandaba urgencia en la que no cabía la más pequeña dilación.

Todos esperábamos que el Doctor hablase, cuando de súbito se presenta Ernesto en la entrada de la habitación. Pronunciáronse simul-

táneamente sus nombres, y Celi y Ernesto permanecieron un buen rato frenéticamente abrazados. Imposible describir aquella escena.

Las lágrimas de ambos que brotaron por la desgracia se fundieron en un solo llanto, como se habían confundido antes cuando eran felices.

Alí subió á la cama y quiso unificarse con ellos.

Yo por mi parte también hice mis pucheros

Ernesto había sido declarado judicialmente inculpable, y por el auto de sobreseimiento libre leído por el Alcalde supernumerario de lo criminal en esta Audiencia, D. Joaquín del Riego, gozaba de absoluta libertad.

El aspecto de Celi cambió por completo. Sus mejillas se habían sonrosado; la lividez de sus labios habían desaparecido, rebosando ahora vida robusta, y en sus ojos brillaba claramente la alegría. Había experimentado una verdadera transfiguración, pero fué tan pasajera que momentos después se hallaba en el anterior estado.

Fueron consultados varios médicos que formaron un diagnóstico sincerético; todos anduvieron unánimes, con las palabras más pesimistas que podía esperarse. La desesperación cundió y se apoderó de los circunstantes.

Una lenta fiebre hética la consumía.

A las nueve, llegó á tal grado de decaimiento que no podía mover la cabeza ni el brazo izquierdo. La respiración era fatigosa y anhelante; estaba en el acme de la enfermedad y había comenzado el periodo de la agonía.

Se llamó á un sacerdote de la parroquia vecina y al momento le administró el último auxilio del alma.

Ernesto no la abandonaba. Junto á la cabecera de la cama, mirábala atónito y lloroso. Besábala con frecuencia, creyendo que cada uno de aquellos santos ósculos era el último que Celi recibía en vida, el adiós postrero que dejaba grabado en su frente, en sus mejillas, en sus labios, en su mano derecha, con el que le entregaba su propia vida, el alma que le quedaba, porque no podía vivir sin Celi que le iba á abandonar. Su espíritu, unido al de ella que lo arrebatava al cielo, ascendía en alas de querubines á gozar de Dios y de sí misma para siempre, á sentir la fruición de la beatitud divina y á vivir con la vida de los ángeles.

Eran las diez. La campana del Pilar había lanzado dos toques de alarma. Los enemigos dirigían sus proyectiles á las inmediaciones de la Puerta Quemada, del Carmen y Santa Engracia, con el fin exclusivo de sustraer á los defensores del reducto del Pilar y fortín de San José, atacar estos puntos y ocuparlos de improviso. Y así sucedió; pues que ignorando la intención del enemigo, casi toda la guarnición se trasladó á las puertas atacadas, y si bien volvimos á toda prisa, las armas francesas habían adelando tanto que á las doce tenían brecha abierta en el fortín de San José.

Al anochecer hubo relevo general de tropas. Yo me dirigí á casa de Celi.

Hallábase iluminada la habitación por una luz macilenta que había próxima á una Virgen. Un sacerdote recitaba en voz baja algunas preces. Celi se hallaba un poco mejor, como si la crisis de la enfermedad hubiera pasado, y Ernesto estaba sentado junto á la cama.

A las ocho la agitación había cesado, la respiración era casi normal y la fiebre había desaparecido.

Hubo tranquilidad.

El sacerdote se retiró á cenar ordenando se le llamase al menor síntoma de agravación.

De cuando en cuando, Celi abría los ojos y pronunciaba palabras entrecortadas.

Así transcurría la noche.

Estas horas pasaron rápidamente como si fueran el albor de un día deseado. No era más que una tregua á nuestra desesperación, porque muy pronto sobrevino la agitación y comenzó á malearse. La calentura se presentaba más insidiosa. Una palidez mortal decoloró las mejillas de la paciente.

Fuí precipitadamente á llamar al sacerdote y al médico. A nadie encontré en la calle. La campana de la torre inmediata acababa de exhalar penosamente once lamentos.

Cuando volvimos, el cura llamó á la enferma y ésta ya no pudo contestar. Púsose de rodillas junto á la cama, recitó la *Letanía de los Santos*,

recomendó el alma y se levantó del suelo para observar si daba señales de vida.

El Doctor hizo varias observaciones al mismo tiempo, y como nada pudiera aliviar á la moribunda, marchóse diciendo que lamentaba mucho la situación de Celi, pero sin la menor muestra de coparticipar de nuestra desgracia.

Trinidad, vecina íntima de Celi, entraba y salía de la habitación sumamente consternada.

Alí observaba todos los movimientos desde una silla que había á los pies de la cama, y cuando Celi respiraba con algún pequeño ruido, él levantaba la cabeza.

En aquel crítico momento, la campana *Valera* y las de la Torre Nueva tocaban á generala.

A las doce salieron los franceses de sus trincheras, y próximos al foso, comenzaron á tiro de fusil el ataque al fuerte de San José. Nuestras tropas desarrollaron de un golpe todos los recursos del arte balístico y de la estratagema. El ejército ofensor también desplegó por su parte todos sus bélicos furores, pero á las dos de la mañana vimos con gran regocijo que desistían de tal empresa y volvían á cubrirse en sus trincheras, no sin haber perdido mucha gente. El fortín se hacía inexpugnable.

Ambos ejércitos estaban á la sazón completamente rendidos. El nuestro pasó la noche recostado sobre las piedras.

Celi estaba agonizante.

Trinidad mojaba sus labios blancos ya faltos de vida, Ernesto no la abandonaba y el sacerdote rezaba en un ángulo de la habitación teniendo en la mano un crucifijo que se había desprendido del cuello.

Enmudecidos ante aquel tétrico espectáculo de lucha tremenda entre la vida y la muerte, no apartábamos nuestra vista del rostro; de Celi, indicativo de sus grandes padecimientos.

Reinaba en la sala el más profundo silencio. Sólo se oía el ruido de la respiración de Celi. Hasta el insócrono y angustioso tictac de las entrañas metálicas del reloj que colgado en la pared contaba indiferente los minutos que pasaban, había enmudecido.

Sus manos yertas permanecían inmóviles sobre el doble exterior de la sábana. Sus ojos entreabiertos y vidriosos, sin expresión de intelectualidad, ya no reflejaban el rostro de su amado Ernesto, y sus labios, en otro tiempo bermejós, se trocaron en pálidos como la blancura de sus mejillas.

Ernesto la pidió que en señal de vida apretase la mano con la suya propia, y así lo hizo. Un momento después, recogía su último aliento, el hálito postremo de Celi.

Agitáronse sus labios cual pétalos de una flor, se sonrió y expiró lentamente. Y en tanto que el firmamento aparecía diáfano y sereno, el alma de Celi fué asunta al cielo, purificada en su tránsito por el perfume de sus virtudes.

En nuestra memoria quedaron grabadas sus

postreras palabras, y nuestros ojos verán siempre distintamente la imagen de Celi, el ser más querido que ha vivido sobre la tierra.

A poco de llegar al reducto, el enemigo comenzó á hacer fuego con cuatro baterías, dos de frente y una por cada costado. Bombas, granadas y balas llovían sobre nosotros, desmoronaban los edificios, y sobre todo, imposibilitaban maniobrar amenazándonos con una horrenda desolación. Los trabajos de este ataque fueron ímprobos y nulos sus resultados. No así en el convento de San José, donde, al igual que en el Pilar, puso su atención el enemigo con predilección á ningún otro punto de resistencia, con la intención de adelantar su línea.

Al medio día, los franceses bajaron del Monte Torrero á este fuerte, y allí acudimos gran parte de los del reducto. A las dos comenzó el ataque. Por ambas partes se peleó con denuedo y bizarría hasta la temeridad. La victoria estuvo indecisa por mucho rato hasta que el ejército invasor se fué aproximando y conquistando el terreno palmo á palmo, no sin perder en cada uno considerable número de soldados.

A las cuatro el combate se hacía insostenible. Las baterías del enemigo estaban tan bien dirigidas que sus bombas y granadas explotaban á nuestros pies, haciendo con esto más tétrico el bombardeo. Alguna que otra caía hacia el centro de la ciudad.

Parapetados en las cortinas del edificio man-

chadas de sangre y salpicadas de balazos, que aun permanecían enhiestas, nuestros soldados caían al suelo con ellas, y los que no yacían para siempre sepultos entre sus ruinas quedaban mutilados en los escombros, viniendo á unirse en infernal confusión, el choque de las balas, la explosión de las bombas y granadas, el estruendo de los edificios al caer, el clamoreo de los heridos y el aliento de los útiles. Aquello era macabro.

A nuestra retirada del reducto, los enemigos se apoderaron de un montón de escombros rojos de sangre, brazos, piernas y pedazos de carne humana.

Evacuado que hubimos el fortín, nuestro batallón acudió en ayuda de los del Pilar, que bien necesitaban de refuerzo, pues que había sostenido una encarnizada lucha, á contar por las bajas hacinadas en el suelo. Los otros también se distribuyeron entre el mismo reducto, puerta del Carmen y Trinitarios Descalzos.

Disperso el batallón, cada soldado se preparó á la defensa en el punto que á su antojo creyó que ofrecía mayor seguridad. Antes de emprender la tarea, me arrimé al resguardo de un tapial para encender la yesca, cuando oigo una voz que me llama.

Levanté la vista y reconocí á mi primo Quílez, el sargento.

—Oye, ven—me dijo llamándome también con un movimiento de cabeza y retirando á la vez un herido.—Ayuda á este señor.

Me señaló al cura *Maitinante* ⁽¹⁾ y se marchó.

A los pies del sacerdote había tendido, boca arriba, un patriota, con una herida en la frente de la que salía la sangre á borbotones y se extendía por todo su rostro.

—Rodilla en tierra y levante V. la cabeza— dijo el cura resueltamente y en tono imperativo.

Yo le obedecí acto continuo.

—Llevo casi agotado el botiquín. ¡Ha habido hoy tantos heridos!—hablaba consigo mismo, como si nadie le oyese.

Sacó un frasco de una caja, lo invirtió sobre la herida y tan sólo cayeron unas ocho gotas.

—Todo sea por Dios. Echaremos mano de otra cosa.

Y abriendo otra cajita de metal sacó unas hilas que estaban sumergidas en el líquido que aquella contenía, las apretó contra la herida y le arrolló un pañuelo á la cabeza.

—Veamos si sufre algún colapso.

Observó un instante, y como el herido no hiciera ningún movimiento, frunció el *Maitinante* una mueca de desconfianza, y moviendo los labios pero sin pronunciar palabra, le echó la bendición.

Y se fué en busca de nuevos medicamentos.

Dejé descansar en el suelo la cabeza del herido y este abrió la boca y quedó rígido. La sangre

(1) D. Pascual Muro, el *Maitinante*, Beneficiado de la iglesia parroquial de Santiago, famoso curandero que había hecho curas admirables, por lo que era muy conocido.— *Años políticos*, de Casamayor, 1809.—(N. del P.)

de su rostro se había secado y por las facciones conocí á Ernesto.

Su vestido era el traje diario pero transformado con el polvo y la tierra del reducto.

Una muerte prematura es la exención del grave peso de la vida. ¡Qué hermoso es morir tan joven! Pero ¡qué fría es la muerte!

El sol estaba próximo á su ocaso.

A unos cuantos pasos de mí se defendían heroicamente los habitantes de Zaragoza. El estampido del cañón y el ruido seco del fusil alternaba con los vítores ¡viva la Virgen del Pilar! ¡Viva Fernando VII!

Vencían nuestras armas.

Llamé á un voluntario y fuimos á buscar el cuerpo de la malograda Celi para enterrarlo.

Estaba tan hermosa que más que muerta parecía viva. Yacía en el suelo vestida de negro y rodeada de luces amarillas. Su blonda cabellera flotante sobre sus hombros ceñía una diadema de moradas siemprevivas como emblema de la inmortalidad.

Su cadáver, así amortajado, lo envolvimos en una sábana blanca, le pusimos sobre unas parihuelas y lo llevamos junto al de Ernesto.

Próximo á casa de Celi, varios niños jugaban al boche.

El último rayo del sol, helado y melancólico como son los de Enero, moría lentamente entre las brumas de la tarde.

Ernesto y Araceli unidos para siempre en in-

mortal abrazo, con otros muchos que en aquel día dejaron de existir, quedaron envueltos en la fúnebre noche del sepulcro.

No hubo cortejo. Ni coronas. Ni se oyó la campana en su funeral.

Alí presenció el sepelio desde un poyo inmediato.

Los franceses no se apoderaron aquel día del reducto.

El amanecer del jueves fué triste. Neviscaba. Un sudario blanco cubría la tierra.

A nuestra salida del vivac, Alí se levantó de sobre la fosa dejando un círculo donde la nieve no había tocado, y se alejó.

Por la mañana comenzamos á sentir los horrores del bombardeo, pero esto duró muy poco. El fuego era más moderado que en los días anteriores.

El reducto del Pilar cayó en poder del invasor.

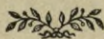
En la ciudad heroica cundió el hambre y se cebó la peste, por eso sucumbió, como Sagunto, como Numancia; conquistando más gloria que su vencedor. ¡Hermosa victoria que pone en su mano el ramo de olivo y corona su frente de verde laurel!

Loado sea eternamente Zaragoza de agosto nombre. Sus luchas son magníficas y grandiosas epopeyas.

Cuando Luis supo en el Hospital la muerte de su esposa, frunció el entrecejo y no dijo nada.

Un año después ví llorar al padre de Ernesto sobre la tumba de su hijo.

¡Lector, una lágrima para Celi!



ES PROPIEDAD

Queda hecho el depósito
que marca la Ley.

FUNDACION UNIVERSITARIA SAN PABLO CEU



7075703

